This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

790
W426
car

YC107485

GIFT OF
M. Nichols

790
W426
car

YC107485

Teatro Nacional

703

LA CARCOMA

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

ALBERTO T. WEISBACH

PRINTED IN ARGENTINA

"El Teatro Nacional"

Publica una obra completa en cada número
Segunda época — Aparece todos los sábados
DIRECTOR
BENJAMIN RICCIO
Redacción y Administración: **Talcahuano 482**

Año I | Bs. Aires, Agosto 3 de 1918 | Núm. 11

ACOTACIONES

Weisbach, es, acaso, uno de nuestros autores que con menos acopio de producción, ha llegado a ocupar un puesto de respeto en el ambiente teatral. No se habia apagado aún el éxito de «Resaca», clamoroso triunfo que le valió el primer premio en un concurso organizado en el Teatro Nacional, cuando «El Guaso», trozo de vida real y canalla, estrenado en el Teatro Nuevo, terminó con carácteres vigorosos la diseñada personalidad del nuevo dramaturgo, y al póco tiempo surgió «La Carcoma». Labor intensa y dolorosa, leal y humana que colocaba a su autor en un grado de honestidad artística envidiable

«La Carcoma», drama que tomó de sorpresa al público y a la crítica, no porque pudiera ser extemporánea en esa época una obra de tanta enjundia y porque el público y la crítica, eran—y en gran parte aun son—valores relativos, sino que nuestros autores se habian identificado con el público en todos los géneros, y no intentaban obras de mayor aliento que las que no fueron aderezadas al paladar de un director artístico de un primer actor o de una primera actriz, o impuesta por el gusto del público cada vez mas estragado, sino porque no era nada común que un autor que recien perfilaba su personalidad de dramaturgo, se sustrajera a las imposiciones rutínarias de una época y se lanzara bravamente—en oposición al gusto de la mayoría—a la conquista de un puesto de primera fila, con una obra que si en algo pudiera acusársele a su autor, seria por exceso de humildad y profundidad de pensamiento.

«El Teatro Nacional», publica hoy, como un triunfo, ese amargo e intenso drama, de Weisbach.

ALBERTO T. WEISBACH

A mi maestra, la señora
María A. de Anaya.
A. T. W.

La Carcoma

DRAMA EN TRES ACTOS

EL TEATRO NACIONAL
BUENOS AIRES
1918

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Josefina	Sta. Pagano
Doña Génesis	Sra. Rico
Romualda	Sta. Barausse
Angustias	» Torterolo
Irene	» Migales
Angela	» Sra. Ramirez
Alba	Sta. Báldrich
Salus	Sr. Rosich
Agustin Tenedo	» Succhi
Don Francisco	» Blanco
Elias	» Fernández
Felipe	» Ramirez
Don Casimiro	» Cordido
Humberto	» Fagioli
El Chueco	» Cincioni
Oficial de Policia	» Sarcioni

EPOCA ACTUAL

Drama estrenado en el «Teatro Nuevo», de esta Capital el 8 de mayo de 1914, por la Compañia Pagano-Rico

Gift of
M. Nichols

UNIV. OF CALIFORNIA

ACTO PRIMERO

Vestíbulo de una casa de altos. Al foro izquierda, balcón moderno con doble puerta de vidrio por donde se dejarán ver las azoteas y balcones de las casas que enfrentan. Al foro derecha, pequeño vestíbulo que dá a la escalera de descenso a la calle. Será visible desde el público la parte superior del pasamano, coronado por un macetón artístico. A la izquierda, tres puertas practicables. A la derecha, en segundo término, puerta de habitación similar a las tres que enfrentan. En primer término, puerta zaguán que comunica con el patio y las habitaciones que se suponen en el interior. Moblaje de vestíbulo, una percha de espejo con sombreros, algunos adornos, y pendiendo del centro del "plafond", araña de luz eléctrica. Izquierda y derecha, las del actor.

ESCENA I

Don Casimiro, Angustias, en seguida Elías

(Al levantarse el telón aparecerá Don Casimiro, sentado junto a la mesita —izquierda—fumando, dando la impresión de estar muy contrariado. Angustias cruza la escena, sirviendo la comida).

ELIAS.—*(Por derecha).* ¿Y usted Don Casimiro, no come hoy?

D. CASIMIRO.—*(Encogiendose de hombros y contestando con manifiesta mala voluntad).* No tengo ganas.

ELIAS.—A usted le haría falta patear la pelota toda la mañana como yo... vería que freno langostero se le despierta. Antes, me acuerdo, me pasaba lo que a usted, ni probaba la comida. Suerte que después empecé a dir al puerto y le fuí tomando gusto al fubol. ¡Ahora!... morfo como con pavura de estar tuberculoso. *(Angustias, reaparece por tercera izquierda, y dirigiéndose a Don Casimiro).*

ANGUSTIAS.—El postre está en la mesa... señor.

D. CASIMIRO.—Ya le he dicho que no quiero nada más. *(Elías le saca algo de la bandeja).*

ANGUSTIAS—¡A ver, atrevido! ¡No me ponga las manos en la bandeja! *(Viendo que Elías tiene algo en la mano).* ¡Ponga eso aquí!...

ELIAS.—Te voy a poner un shot bajo y rasante que va' encontrar la red, te voy a poner...

ANGUSTIAS.—¡Atrévase usted, jandul!

ELIAS.—*(Amágale un puntapié que Angustias esquiva huyendo hasta derecha primera).*

ANGUSTIAS.—¡Atrévase!... *(Amágale de nuevo Elías, y presurosa hace mutis).*

ELIAS.—Si sabrá la gallega atorranta con quién se mete. Tengo un shot Don Casimiro, de internacional, si lo enfilo bien hago saltar la red con arco y todo. ¡Es un cañonazo!... ¡Soy el terror de los goalkiper! Usted no manghia de fubol, pero si fuera de gusto nomás una mañana por los cuadraos del

965285

puerto, le venía el entusiasmo, le venía. ¡Si viera como estaban esta mañana!... ¡Se formaron más de cincuenta tim. No se pudo hacer un partido con el fil reglamentario. Los arcos se tocaban y a los muchachos que las iban de ¡jaroria les llovían pelotas por tos' laos. Y meta patadas que era un contento, echando a volar los gol... gol de grupo sabe, de sacos amontonaos!

ESCENA II

Dichos, Doña Génesis, más tarde Don Francisco

Dña. GENESIS.—*(Seguida de Angustias. Mirando severamente a Elías, que se arrellana en una silla con toda desfachatez; a Angustias).* ¡Pasá!... *(Mutis Angustias. Después avanzando, a Don Casimiro).* ¿Qué ha pasado otra vez en el comedor? Lo de siempre, seguro...

D. CASIMIRO.—Lo de siempre, desde la llegada de ese... redentor amigo de ustedes.

Dña. GENESIS.—Yo no sé, son cuatro pensionistas en el comedor y nunca hay un momento de paz. Lo bueno, que después de sacarse los trapitos al sol, aburridos de hablar mal de todo el mundo y qué llega un momento en que parece que se van a tragar unos a los otros... al rato nomás, tan amigos.

D. CASIMIRO.—Ahora no es lo mismo, señora, y por ese señor va a perder usted todos sus pensionistas viejos. ¡Quién lo va a aguantar a ese imbécil!

Dña. GENESIS.—¿Y todo por qué, porque no es alacrán como ustedes? Ya entrará... Es un poco fastidioso con sus manías predicaderas, en eso sale al finao su padre, este muchacho. Me acuerdo cuando joven, las latas que me daba con sus consejos. Pero esto durará poco según parece, yo creo que volverá al campo tan pronto se case.

D. CASIMIRO.—¿Se casa?

Dña. GENESIS.—Y cuanto antes será según él.

D. CASIMIRO.—Con... *(Con mucho interés).* ¿Quién es ella?

Dña. GENESIS.—Quién ha de ser... Josefina.

D. CASIMIRO.—*(Poniéndose de pie).* ¿Con su hija? ¡No!... ¡Eso no es verdad! Su hija de usted tiene mucho hablado conmigo y... ¡no!... ¡no!... no puede ser. ¡Son cosas suyas nada más!...

Dña. GENESIS.—Bueno, ya lo verá.

D. CASIMIRO.—¡Oh, es que usted tampoco ha de permitir semejante infamia!

Dña. GENESIS.—¿Infamia... por qué? Lo que es, sino aprovecha esta ocasión... Salustio... Salus como le llamaban en su casa desde chico, no es rico, pero tiene su pasar, es bueno, trabajador, mejor partido no sé... Además, otro que no fuera Salus, como aquí la gente es tan habladora, a lo mejor sale cambiando de idea.

D. CASIMIRO.—Ya lo sabe usted... *(Sigilosamente).* Yo... Oiga bien lo que voy a decirle... Yo me caso con ella y tenga la seguridad que no habré de molestarla con celos, jamás!

Dña. GENESIS.—*(Ríe socarronamente).*

D. CASIMIRO.—*(Vehemente)* ¿Eh?...

Dña. GENESIS.—Yo no me meto en nada. Ella, que haga lo que quiera.

D. CASIMIRO.—Hágalo usted por mí. Yo... yo no la diré nunca nada de su pasado, y usted sabe...

Dña. GENESIS.— *(Riendo nuevamente)* ¡Bah!... Si es por eso, Salus tampoco hará caso de lo que digan. Ya sabe él que lenguas son todos ustedes y de lo que son capaces. En su afán de calumniar lo harían hasta de su propia

madre.

D. CASIMIRO.—Es que... en este caso...

Dña. GENESIS.—¡Bah! No sea usted chico, Don Casimiro. En este caso como en otros, son siempre calumnias y lo desafío a que demuestre lo contrario.

D. CASIMIRO.—¿Pruebas? ¡Ah!... pero una vez que se case...

Dña. GENESIS.—Una vez que sea su esposa, le convendrá callarse. ¡Hay tantos así!...

D. CASIMIRO.—Eso... *(Pausa).*

Dña. GENESIS.—Que ella haga lo que quiera, ya le digo. Cuando yo me casé, era demasiado joven y no conocía a los hombres. El que me dieron por marido, me resultó, Dios me perdone, un verdugo. Murió dejándome todavía joven pero llena de amargor y desengaño y por todo sentimiento... el odio. Después, creyendo todavía poder alcanzar una felicidad relativa, un padre para mis dos mayores que entonces apenas hablaban, uní mi suerte... *(Don Francisco, aparece ebrio por el foro, andando a duras penas y avanza hasta que lo indique el diálogo)* a ese hombre que, ya lo vé: un haragán deslavado y un borracho, teniéndome que agachar a trabajar para mantener la casa. La hija de él, esa pobre idiota de Romualda, dá la medida de lo que sufrí entonces, porque hoy, todo me dá lo mismo. Ahora, los tres están criados, ya saben lo que hacen. Así es que tanto Josefina, éste, *(Señalando a Elías)* como la otra, que hagan lo que quieran... lo que quieran... *(Se encoje de hombros, y váse derecha primera).*

D. CASIMIRO.—*(A Elías)* Pero... ¿ustedes le conocían ya a ese mozo Salustio?

ELIAS.—Sí, pero no se víamos dende chicos, cuando estábamos en el campo.

D. CASIMIRO.—Y cuando se vieron de nuevo, ¿acá?

ELIAS.—¡No! Se acuerda cuando la princesa mi hermana se agarró la enfermedá y que decían que tenía tuberculosi... Bueno. Fué cuando el médico le recetó aire del campo y entonce la vieja se acordó de la casa de Salus, y allá fué. Aura cuando volvió, vino con salú y con novio. A mi me gusta que se case pa que me la arregle a la atorranta esa. No parece manco el mozo ¡y debe dar cada biaba! ¿Le ha manghiado los bisteck que tiene? ¡Ay, Dió qué brazos pa tirar al box!...

D. CASIMIRO.—Sí, efectivamente. Encrespado y con tan buenos brazos... *(Sentencioso, váse foro mirando iracundo hacia la derecha primera.)*

ELIAS.—*(Tomando un diario y leyendo).* Al finalizar el encuentro marcaba el score 3 a 0. Los goals fueron hechos 2 por Groserotti y 1 por Brutolini. *(Hablando).* Y como no han de hacer gol, si son dos morfones. ¡Pucha que me dá estrilo! ¡puro juego individual! El esfuerzo de fulano dió el triunfo a su tim, dicen los diarios, ¡son los que tienen la culpa! ¡Se acabó el juego de combinación... se acabó el buen fubol!... *(Estruja entre sus manos el diario y haciendo una pelota con él, la patea sentado en alto, después hace algunas gambetas con ella entre los piés y por último la patea en dirección al balcón).* ¡Gol!... ya lo sabía. ¡No erro uno!...

D. FRANCISCO.—¿Salus, ché?

ELIAS.—Morfando.

D. FRANCISCO.—¿Tú hermana?

ELIAS.—¿Qué le pasa, viejo?

D. FRANCISCO.—A ver si puedo evitar malos encuentros...

ELIAS.—¿Tiene miedo que lo vean *hecho?*

D. FRANCISCO.—¿Miedo... a quién? Me tienen repugnado ciertas caras.

Aquí no se muere nadie... estoy de la familia... No por vos, que al fin, no has tenido a quien salir mejor. ¿La conoces bien a tu madre?

ELIAS.—Hace rato...

D. FRANCISCO.—Tu madre... ¡buena pieza! Ya sabés, no es por vos, ni tampoco por mi Romualda, pobre mi hija... ¿ella qué ha podido hacer? Mal injerto. Mal fruto. *(Medio mutis por derecha primera).*

ELIAS.—*(Aparte).* ¡Qué gran curdelón es mi padrastro!

ESCENA III

Dichos, Josefina

JOSEFINA.—*(Por derecha primera en traje de calle).*

ELIAS.—¡Zás! ¡Lo cató la perrera! *(Mutis por tercera izquierda).*

JOSEFINA.—*(A Don Francisco)* ¡Ya no hay vergüenza!

D. FRANCISCO.—Tenés razón, se perdió de vista... ¡se nos perdió a todos!

JOSEFINA.—¡El cinismo, todavía! Más le valdría callarse, ¡haragán! ¡vividor!... ¡borracho!...

D. FRANCISCO.—Vos andás con ganas de amargarme la tarde...

JOSEFINA.—¡Eso es lo que ha hecho usted con mi madre, y la vida entera!...

D. FRANCISCO.—¿A tu madre, yo?... *(Ríe).* No me hagás hablar de tu madre ni de vos. ¡Mirá que pueden oirme!... *(Indicando a tercera izquierda)*

JOSEFINA.—¿Quién? ¿Quién le va a hacer caso a un borracho?

D. FRANCISCO.—¡Ah!... ¿lo tenés bien minado, eh? ¿Pa eso fuiste al campo? ¡No teniendo a quien emponzoñar aquí, porque te conocen demasiado, fuiste a hacerlo allá, afuera, donde no saben de más serpientes que de las que se arrastran! Pero todavía...

JOSEFINA.—¿Todavía qué? ¿Qué puede hablar usted?

D. FRANCISCO.—¡Nada!... no precisaré decir nada.

JOSEFINA.—Aunque así fuera. Usted lo ha dicho, es mío, cuando yo quiera, y oirá lo que a mí me convenga y nada más.

D. FRANCISCO.—Lo creo, máxime que como es para el mal, contás con la complicidad de todos, ¡hasta de tu madre!, complicidad espontánea, como un pacto mudo, hecho con los ojos del alma. ¿Además, quién le va a hacer caso a un borracho?

JOSEFINA.—Me alegro que así lo entienda. *(Va hacia el foro y al enfrentar al comedor (tercera izquierda) saluda con la mano en alto hacia el interior y se detiene de pronto como esperando a alguien que se lo ha indicado).*

D. FRANCISCO.—En vez de resignarme a ser esto, un simple parásito, debiera ocupar el puesto que me corresponde en esta casa, debiera de hacerlo a látigo, a palos, matando si es preciso. Pero... ¿para qué? *(Váse primera derecha).*

ESCENA IV

Dicha, Salus, al final Elías

SALUS.—*(Por izquierda con la servilleta colgada al cuello).* ¿Vas a salir? ¿Cómo no me has dicho nada?

JOSEFINA.—Sí vuelvo en seguida... voy aquí, cerquita.

SALUS.—¡Ah, bandida! me habías prometido que desde hoy me acompañarías a la mesa y veo que tratas de rehuir el compromiso.

JOSEFINA.—¡A qué negarlo!... me cuesta decidirme... esa gente es tan mala...

SALUS.—Me ayudarás a desenmascararlos.

JOSEFINA.—Sí, ya he sabido el resultado de tu primera escaramuza. Acaba de contarme mamá lo que te ha pasado con Don Casimiro.

SALUS.—Estaba previsto, y ese señor lleva su castigo con solo descubrirle.

JOSEFINA.—Pero te has ganado un enemigo y temible créeme, le conozco lo bastante. Ese es tal vez uno de los peores.

SALUS.—¡Bah!, no le temo.

JOSEFINA.—Mejor así.

SALUS.—Bueno, andá y volvé en seguida, tengo que contarte muchas cosas. Ya hablé a la vieja seriamente, ¿sabés? Al viejo no he querido todavía...

JOSEFINA.—¡Bah!, ni te preocupes de él. Acaba de entrar hecho una cuba y cada día más intolerable.

SALUS.—¡Qué lástima!... En fin, ya veremos. De cualquier manera, hoy más que nunca quiero hacerte mía y cuanto antes.

JOSEFINA.—¡Jesús!, que apresuramiento.

SALUS.—Yo creo que entre nosotros está demás el noviazgo, si no nos conociésemos lo bastante... Acordate que hemos jugado a los novios más de una vez, cuando... no levantábamos media vara del suelo. Ahora... en vez de jugar, lo haremos en serio... Pero, te quedas callada. ¿Te disgusta?...

JOSEFINA.—*(Dándole un moquete cariñoso en la cara).* ¡Sos un niño grande! Andá a comer y procurá no prolongar la sobremesa con esa gente. Contaminan.

SALUS.—*(Acompañándola hasta la escalera).* Estáte tranquila, tengo el corazón repleto de antídoto. *(Desaparece Josefina por la escalera. Salus después de tirarle un beso con la mano, va hacia el balcón desde donde simulará seguirla con la mirada breves instantes. Vuelve a escena después y sonriente desaparece por tercera izquierda).*

ELIAS.—*(Que reaparece haciendo figuras de footballer, refiriéndose a Salus, una vez que éste ha hecho mutis).* ¡Cuñao en fija!... ¡qué metejón!...

ESCENA V

Dicho, Felipe y Humberto

FELIPE.—*(Seguido de Humberto, por tercera izquierda. Angustias, cruza la escena).*

HUMBERTO.—*(A Elías).* ¿El gallego se ha ido, ché?

ELIAS.—Recién se va.

HUMBERTO.—Que Don Casimiro... que estrilo cató.

FELIPE.—Lo único que derrocha el amarrete ese.

HUMBERTO.—Sin contar la bilis... ché.

ELIAS.—¿Qué hubo?

HUMBERTO.—Nada. El gallego se metió a hablar de Agustín, aprovechando que no vino a comer y Salus lo paró, diciéndole que no le permitía que se expresara en esa forma de un amigo ausente.

ELIAS.—¿Y?...

FELIPE.—El otro se puso fulo, ¡es claro! Como estamos tan poco acostumbrados a esas hidalguías, y le replicó con una punta de burradas. Que él lo defendía por pose, que si se había propuesto hacerlo pasar por el crisol de su moral que estaba equivocado, y que no aceptaba esas observaciones provocativas de un señor que se había pasado la vida entre animales y hay nomás

tiró la servilleta y se levantó de la mesa.

HUMBERTO.—*(A la sirvienta que pasa de derecha a izquierda con el café).* Lo sirve aquí para nosotros.

FELIPE.—¡Y no ha sido provocación, qué diablos! El hombre se ha cansado de oirle hablar mal de todo el mundo, sin derecho alguno. ¡Miren quién!... ¡Don Casimiro!... Ese es de los que llegan al país corridos del suyo por ser no solo inservibles, sino perniciosos, para ganar plata no importa los medios, ahorrar... ahorrar, hasta las buenas acciones y volar de nuevo dejando una triste huella de su paso.

HUMBERTO.—Lástima que se haya ido. Yo que me estaba palpitando un programa e biabas...

ELIAS.—Que biabas... si así como es de amarrete es de flojo. Si hubiese sido yo... a mi que me tiene ardiendo por metido el pajuerano ese...

FELIPE.—¡Miralo a este!, que no se te haga fácil a vos también, con toda tu escuela y tu entrenamiento.

ELIAS.—¡Phist!... ni me dejaría tocar. Es muy pesao pa' moverse. Tiene buenos bisteck pero no está en training, ni es hombre que las va de box. No habría más que dejarlo cansar siempre a la defensiva y a los diez minutos... mío. Le coloco un hooks desconcertante y de un contundente vigth-cross-counter, un cadavérico swing y un lapidario uper-cut, quedaba knock-out el otario ese.

FELIPE.—El, no será hombre de reglas para la pelea porque no me parece tipo de perder su tiempo en los ring, como vos, a fin de adquirir baquía, sin el más leve espíritu sportivo, desde luego, y sí, para servirte en tus frecuentes agresividades en team patota, pero en cambio le sobra todo lo que a vos te falta... Corazón. Aparte de esto, todos ustedes están equivocados respecto a ese mozo Salus. No es todo músculos, hay también cerebro, una seria cultura apesar de haber sido criado en el campo y lo innegable, un gran deseo de hacer y proceder bien. En la discusión con Don Casimiro, ya lo oiste, disertó sobre la amistad como vos no sos capaz, ni el gallego patán ese, de hacerlo. Ha demostrado ser un hombre probo y digno y que para él las máximas no son letra muerta. Ya viste la de: "Sacar la cara por el amigo..."

HUMBERTO.—Estás imposible, hoy. Seguro que te has ingerido tu vermusito de morfina. El otro día al revés de hoy, lo ponías por el suelo y todo porque refiriéndose a un suelto tuyo, dijo, que era digno de gente de moral estragada. Ahora...

FELIPE.—No, eso aparte. Yo creo que indudablemente el tipo es molesto cuando pontifica y se siente virtuoso. Es una presunción disparatada como cualquier otra, como la tuya de ser periodista.

ELIAS.—Abra el paraguas compadre, que empieza a llover.

ESCENA VI

Dichos, Angela

ANGELA.—*(Por izquierda tercera).*

HUMBERTO.—¿Y vos, de sobremesa hasta ahora?

ANGELA.—¿Y qué tiene?

HUMBERTO.—¡Ah!, perdone, señora. Es verdad que estaba con su director espiritual.

ANGELA.—*(Medio mutis, encogiéndose de hombros).*

HUMBERTO.—¡Ché! ¡vení pa' cá!

ANGELA.—¿Qué querés?

HUMBERTO.—¿Quién te dá de comer a vos?

ANGELA.—¡Oh! ¡dejame!

HUMBERTO.—No te arretobés que te la doy. ¿De quién sos mantenida? ¡A ver, decí! ¡Hablá! ¡Hablá!... *(Le dá un moquete).*

FELIPE.—*(Interponiéndose).* Dejala.

ANGELA.—¡Canalla!... *(Se lleva el pañuelo a los ojos).*

HUMBERTO.—¡Espiante!... *(Vase Angela, derecha primera).*

FELIPE.—Para qué le hacés eso.

HUMBERTO.—Pa dejar bien sentado el principio de autoridad. Desde que ha llegado ese caballero Salus, está en digna, pero ya verás que pronto me la arreglo. La voy a cachetear y le voy a hacer pedir perdón de rodillas delante de él, pa que vea de qué le han servido sus consejos a la niña.

ELIAS.—Hacés bien. Si alguna vez me caso voy hacer lo mismo. Las mujeres son como las pelotas de fubol, hay que tratarlas así, a shot!... *(Señalando con el pie).*

FELIPE.—*(Poniéndose de pie, y a Humberto).* ¿Venis?

HUMBERTO.—¿Vas p'al diario?

FELIPE.—¿Por?

HUMBERTO.—Tengo un chisme macanudo.

FELIPE.—Dámelo.

HUMBERTO.—¿Lo vas a publicar?

FELIPE.—Si tiene interés...

HUMBERTO.—¡Sí!... va dar que hablar. Es sobre la cómica aquella.. la Pedernez... ¿te acordás?... que anduvo bien conmigo...

FELIPE.—¿Contigo?... Decían que era todo una señora.

HUMBERTO.—¡Macanas!... Leé, a ver que te parece. *(Le dá un pliego manuscrito).*

FELIPE.—Adiós sintaxis... *(Dice, después de recorrer con la vista parte del manuscrito).*

HUMBERTO.—Ya salió el gramático.

FELIPE.—¡Que gran tipo! ¡Cuando aprenderás a escribir! No tenés más condición recomendable que la de admirarme. Presentís a los genios.

HUMBERTO.—¿Me lo publicás?

FELIPE.—Veré si poniéndole un poco de sal...

HUMBERTO.—Eso es, pero decimos en el café que es mío, ¿eh? ¿Sabés porqué?... pa hacerlo estrilar al gallego de "Fígaro", que siempre me titea en su diario, sin nombrarme, pero que todos saben que alude a mí cuando se refiere al "señor vestido de negro", "Don Nadie", etc.

FELIPE.—Bueno... ¡chau! *(Vase foro).*

ELIAS.—Buen gaucho ese muchacho... *(Por Felipe).*

HUMBERTO.—No tiene más remedio que serlo conmigo. Toda su personalidad me la debe a mí. Me paso la vida en los cafés, pregonando su talento.

ELIAS.—Todos dicen que es inteligente.

HUMBERTO.—Por mí, que le atribuyo más talento del que tiene. Cuanto artículo aparece en el diario que sea elogiado... de Felipe. Y eso que ya viste vos, de qué fuente bebe Felipe. Decí que a mí no me gusta hablar, ni darme importancia. Inteligente... Mirá su fracaso en el teatro. Como no lograra triunfar prefirió hacerse crítico y ahora juzga a las obras como me las oye juzgar a mí, esa es la verdad. ¡Es un gran envenenao! Hoy no sé como está así, que siempre anda hecho un escombro. ¡Se debe haber inyectao un kilo de morfina, el intoxicao ese!

ESCENA VII

Dichos, Angustias, Agustín y Salus

(Angustias por tercera izquierda. Agustín por foro se aproxima cautelosamente a ella y la besa. Salus al aparecer por tercera izquierda quédase irresoluto un instante ante la escena que sorprende).

ANGUSTIAS.—*(Al besarla Agustín, teniéndola abrazada, entre las risotadas de Humberto y Elías).* ¡Estése usted quieto!... ¡quieto!... *(Váse derecha primera. Agustín por izquierda primera).*

HUMBERTO.—¡Zás!... ¡el moralista!... *(Váse derecha primera).*

SALUS.—*(Avanza lentamente, moviendo la cabeza y paseando una mirada severa de primera derecha a primera izquierda por donde desaparecieron Humberto y Agustín).*

ESCENA VIII

Dichos, Alba, Doña Génesis y Romualda, al final Agustín

ALBA.—*(Por derecha primera, sollozando).* ¡Papito!... ¡Papito!...

SALUS.—¡Mi hijo!... ¿qué tenés?

ALBA.—Me castigan otra vez...

Dña. GENESIS.—*(Por derecha primera pretendiendo apoderarse de Alba y seguida de Romualda).* ¡Caminá pa dentro!... ¡vení a lengüetiar nomás!... ¡te voy a romper la cabeza de un palo, mocoso atrevido!...

SALUS.—Nó, mamá Génesis, ya le he dicho, no es esa la manera de educar a las criaturas.

Dña. GENESIS.—Eso es, dale la razón si te parece. ¡Es claro! ¡al niño le salió un padre de arriba y ya no hay quien lo aguante, dale alas nomás!...

SALUS.—Pero, ¿se puede saber lo que ha hecho?

ROMUALDA.—Dijo... ¿digo mamá?... dijo que papá se emborrachaba, pero que no era malo y que si tomaba era porqué aquí en casa le daban muchos disgustos.

Dña. GENESIS.—Que yo se los daba...

ROMUALDA.—¡No!... *(Doña Génesis, le tapa la boca de una cachetada).*

Dña. GENESIS.—Y ahora, hasta me sostiene la mirada como una persona mayor.

SALUS.—Pero no lo hace por maldad. Es una precocidad sana, leal, precursora de un hombre de carácter y bueno al mismo tiempo.

Dña. GENESIS.—Vaya, que has encontrado bondades en el niño... Nacido sabe Dios donde y de qué padres, que no habrán sido por cierto muy buenos cuando lo han tirao a la cuna; ahora, los salís descubriendo... Vamos... Pero para mí lo sigo viendo un expósito, un sirviente... un esclavo y creeme ché, este no ha nacido para otra cosa.

SALUS.—¡No mamá Génesis, no!... no se nace para nada determinado, hay que formarlo, modelarlo... para hacer de él, mañana, un hombre útil a la sociedad.

Dña. GENESIS.—No me tomaría yo ese trabajo por cierto, por un hijo guacho.

SALUS.—Ya lo sé. Usted ni por los suyos. De haberse tomado usted un poco de ese trabajo, Elías no sería lo que es.

ELIAS.—¡Zás! ¡ya higué algo yo también!

Dña. GENESIS.—A ese... entre los malos ejemplos de su padrastro y las

juntas de la calle lo han echao a perder.

SALUS.—¡A eso quería llegar! Si se le hubiese encaminado, otra hubiera sido su ruta. Sabía que nos pondríamos de acuerdo mamá Génesis. Había que encauzarlo, pero lo dejaron extraviar y las malas compañías han completado la obra.

ELIAS.—*(Aparte a Doña Génesis).* Vea respetable anciana, encamínese pa la cocina, que me parece que está haciendo un gran papelón.

ROMUALDA.—*(Ríe tontamente).*

Dña. GENESIS.—¿De qué te reís vos? ¡Caminá pa dentro, boba!... *(Le da unos moquetes y váse Romualda por primera derecha).*

SALUS.—*(A Alba).* Y usted mi hijito, no tiene hoy por hoy otro deber, que el de ser respetuoso con sus mayores.

ALBA.—¿Me reta papito?

SALUS.—*(Acariciándolo).* No mi hijito, no... Vaya... *(Váse Alba, por derecha primera).*

ELIAS.—*(Mientras Salus quédase mirando para el lado que hizo mutis Alba, asómase al comedor izq. tercera).* ¡Compadre que banquete! *(Como hablando con un interlocutor imaginario).* ¿La invitación?... Paráte, que la tengo en el frac. Tomá la pamela de felpa. Espiantame el abrigo... Ché, no abuse del tratamiento, tanto "dotor" me esgunfia. ¡Nos banquetearemos!... *(Váse izquierda tercera).*

SALUS.—Pobre Alba... ¡es un ángel! Como no ha de merecer la caridad de un padre esta criatura, que tan bellas condiciones revela. ¡Ah!, si pudiera hacerse lo mismo con todo ese mundo de gente menuda que pulula por esas calles.

Dña. GENESIS.—Bah... ellos viven tan contentos; después que, ¡es a golpes que aprenden a ser hombres!

SALUS.—Mal se puede llegar a ser hombre en el verdadero sentido, bueno, si desde niño quedan expuestos a todos los contagios de la vida miserable, al ejemplo de todos los vicios y de los peores consejos.

Dña. GENESIS.—El que ha de salir bueno...

SALUS.—¡Eso no lo diga! Si aún siendo hombre es difícil sustraerse a la influencia de este medio ambiente, propicio a todas las desviaciones de la conciencia.

Dña. GENESIS.—Vos no hacés más que quejarte desde que has llegado, solo vos sos bueno. ¿Que es malo todo esto?, bueno... ¿Y qué querés hacerle? ¿Transformarlo? Si no estás conforme, ¿por qué no te volvés al campo otra vez?, ya que entre animales se está mejor...

SALUS.—¿Por qué me dice eso?

Dña. GENESIS.—Arremetés con todo sin derecho de ninguna clase, días pasados, ayer y hoy sin ir más lejos, en el comedor con Don Casimiro, que será todo lo que quieras, pero el hombre es dueño de pensar como le dé la gana, de cualquiera.

SALUS.—¡Eso no! Yo no puedo permitir que se difame a un ausente, que es amigo además, apesar de la viva complacencia de todos esos señores. Yo no estoy acostumbrado a eso... ¡ni me acostumbraré jamás! Yo no conozco a ese joven Agustín, pero si fuese efectivamente un hombre sin honor, un vulgar explotador de mujeres, ¿cómo pues se le tolera en esta casa, entre ellos, en amigable mancomunidad social y de ideas?

Dña. GENESIS.—Vos dejá que sea ese señor lo que sea y hacé lo que hacen los demás. Si te vas a hacer mala sangre por cada pavada que digan,

SALUS.—¿Pavadas?

Dña. GENESIS.—¿Qué te importa a vos que se despellejen vivos?

SALUS.—¡Ah!, de manera que según usted, ¿tengo que fatalmente ser como todos? ¡Procurar evitar el contagio, que la peste se propague, no!... ¿verdad? La desconozco mamá Génesis... ¡no es usted la que fué! *(Pausa).*

Dña. GENESIS.—¿No me has dicho que te casabas? Bueno, pues hacelo cuanto antes así te llevás lo único que aquí te detiene.

SALUS.—Si... es lo mejor, me la llevaré, arrebatándola de este roce peligroso. Siento temor de este medio depravado.

Dña. GENESIS.—Mañana mismo entonces, porque si te descuidás, de un día para otra van amanacer los dos con la piel cambiada.

SALUS.—Se diría que los han fabricado con barro de pantano. *(Medio mutis).*

AGUSTIN.—*(Por izquierda primera).* ¡Hola!... Don Salustio y Doña Génesis, solos. Seguro que están hablando mal de alguien. *(Salus, lo mide con una mirada severa, y hace mutis por segunda derecha).*

SALUS.—*Irónica y amargamente).* ¡Efectivamente!...

AGUSTIN.—¡Ah! caramba, estaba en redentor el hombre. No me había dado cuenta.

Dña. GENESIS.—Para lo que le van a agradecer, ¿verdad? Es como para reirse... *(Ríe. Mutis por primera derecha).*

AGUSTIN.—¡Qué vieja!... Es una buena madre... de esa hija.

ESCENA IX

Dicho, Josefina

JOSEFINA.—*(Desde el interior ríe regocijadamente. Aparece por el foro y váse al balcón, desde donde hará aspavientos de coquetismo, mirando para la calle. Agustín quédase contemplándola cruzado de brazos, desde la mitad de la escena. Josefina al volverse risueña, hace una transición brusca al ver a Agustín, arruga el ceño y pretende seguir su camino y al medio mutis por derecha primera).*

AGUSTIN.—¡Josefina!... ¡Mirá, atendeme!, te conviene más.

JOSEFINA.—Si supiera el odio que le tengo...

AGUSTIN.—No, si te prevengo que no lo ignoro, pero ya sabés que no me preocupan tus odios. Mirá, hasta me parecés más linda. Así te he querido siempre, o por lo menos, así es cuando más te deseo. Así te conocí, mala, perversa, de una coquetería proterva y sin embargo así te hice mía y así te apetezco cada día más. Pero lo que estás haciendo con ese pobre diablo, ese niño raquítico, que como una sombra te sigue a todas partes y que para alucinarlo más, acabas de coquetearle desde el balcón, eso, es una infamia!

JOSEFINA.—¿Y acaso tengo yo la culpa de ser tan codiciada?

AGUSTIN.—¿Codiciada?... Si no te conociera, podría llegar a creer que te propones hacer galardón de una conquista más por simple e inocente coquetería. Al fin mujer. Pero, es que veo en vos un premeditado afán por marearlo, procurando que entrevea allá locas esperanzas, para luego emplear los refinamientos de maldad más sutiles una vez segura del cariño de ese pobre muchacho. ¡Te conozco!...

JOSEFINA.—Y todo esto señor puritano, porque no tiene en mí a la manceba fiel a sus pretensiones.

AGUSTIN.—Pretensiones legítimas sobre una mujer que no tiene dueño y que hice toda mía, sin ni siquiera desdeñar su alma, pues ya ves que ambiciono no prodigues tus odios por querer acapararlo todo.

JOSEFINA.—Bien. Acepto sus pretensiones como legítimas, quédese usted con todos mis odios.

AGUSTIN.—¿Qué te propones? ¿romper por completo conmigo?

JOSEFINA.—Usted lo ha dicho.

AGUSTIN.—Está bien. Quedan rotas las relaciones y también las hostilidades. *(Marcando la última palabra).*

JOSEFINA.—*(Riendo burlonamente).* Pobre señor... de temible se vuelve usted un pobre hombre.

AGUSTIN.—Así será... natural... nada puede temer una mujer como vos en un ambiente donde se calumnia y vilipendia a la virtud. ¿Qué mujer está libre de las acechanzas de tanto maledicente? No es de temer pues una indiscreción mía, que pueda rozar en lo más mínimo la reputación de niña honesta de que gozas, quién como vos peca a la sombra y sin dejar rastros. Lo atribuirían sin duda alguna a la maldad ambiente. No pensás mal, sobre todo cuando se cuenta con una madre que silencia y tolera... Bien. Eso hasta hoy. Hoy parece, según noticias que tengo, que ha variado el aspecto de la cuestión. A falta de esa madre respetuosa de sus deberes y que yo precisaba, surge de pronto un señor a quien será preciso rendir cuentas cabales...

JOSEFINA.—*(Yérguese, ahogando una exclamación).*

AGUSTIN.—Puesto que dando su nombre a una mujer...

JOSEFINA.—*(Prorrumpiendo en falsos sollozos).* ¡Canalla!...

AGUSTIN.—¡No ves!... Bueno, pero no llorés. Te prevengo que no pienso destruir tus planes como pudiera, todo lo contrario, te ayudaré en la conquista de ese buen muchacho Salus.

JOSEFINA.—Qué has de hacer vos... .

AGUSTIN.—Creeme porque... no es por favorecerte a vos solamente.

JOSEFINA.—¿Y entonces?

AGUSTIN.—Pues que... casándote con él, serás mía cuando me plazca y no estaré supeditado a tus caprichos como hasta hoy.

JOSEFINA.—Yo siempre que he podido, he sido buena contigo...

AGUSTIN.—¡No!... Ahora lo serás, por temor ya lo sé, pero no me importa. Así, modeladita a mi gusto es como quería tenerte, así... entregadita... *(La besa con fruición en los labios).*

ESCENA X

Dichos, Don Francisco

D. FRANCISCO.—*(Aparece por derecha primer término. Agustín y Josefina, se separan bruscamente. Don Francisco al notar la sorpresa de los dos, ríe burlonamente. A Josefina).* ¿Qué? ¿vas a simular pudor conmigo? ¡seguí! Hacete de cuenta que soy tu madre. ¡Ah! ¿pero es por Salus que te acoquinás? Si es por eso, yo te hago la guardia... ¡para qué somos de la familia!... ¡Seguí, seguí!... *(Paséase frente a la puerta de Salus, riendo. Josefina iracunda, lívida, hace mutis por derecha primera, y Agustín pausadamente, lo hace por izquierda primera. Don Francisco riendo siempre, va a sentarse en la mesa de la izquierda).*

ESCENA XI

Dichos, Angustias ,luego Elías y Doña Génesis y más tarde, Salus

ANGUSTIAS.—*(Por derecha cruza la escena, y al medio mutis por tercera derecha).*

D. FRANCISCO.—Traeme el café, negro y sin azúcar.

ANGUSTIAS.—*(Desaparece por tercera derecha, y reaparece en seguida gritando. Seguida por Elías, amenazante).* ¡Señora! ¡señora!... Vaya usted a ver a su hijo. ¡Está manoseando todas las fuentes!...

Dña. GENESIS.—*(Apareciendo por izquierda primera).* ¡Así reventaras de una indigestión!

ELIAS.—No le voy a dar ese gusto respetable anciana, ya le he dicho, pienso enterrarla a usted todavía.

Dña. GENESIS.—De mi no te vas a burlar. Todavía soy tu madre y te gobierno. ¡Vení pa' cá!...

ELIAS.—¡Oh! ¡No embrome!...

Dña. GENESIS.—¡Es que me vas a respetar!... *(Intenta agredirle).*

ELIAS.—¡Cuidao vieja!... ¡no me toque!... Vea que me puedo olvidar...

Dña. GENESIS.—¡Canalla!... *(Sollozando).* Vas a concluir por quererme pegar, ¡es lo único que faltaba!...

ELIAS.—*(A Angustias).* Vos gallega ranfañosa, estás arreglada conmigo. *(A Doña Génesis).* ¡Y pa que vea... Esta gallega es una gran atorranta, anda bien con todos los pensionistas y duerme con la puerta abierta, duerme...

ANGUSTIAS.—¡Oh! ¡qué impostor!... no le crea señora, ¡es un mintiroso!...

ELIAS.—Que lo diga sino, Don Casimiro y Agustín.

ANGUSTIAS.—¡¡Mintiroso!!...

SALUS.—*(Que ha estado presenciando la última parte de la escena desde derecha segunda).* ¡Basta!... ¡Basta!...

ANGUSTIAS.—¡Embustero!...

ELIAS.—¡Ranfañosa!...

SALUS.—¡Basta he dicho!... *(Indicando a Angustias que se retire, váse ésta por primera derecha. Elías, haciendo un gesto malicioso, váse por tercera izquierda).*

Dña. GENESIS.—*(Sollozando).* Me va a matar a disgustos ese malvado.

SALUS.—¡Esto es espantoso!... ¡Aquí se ha perdido en absoluto toda moral! Y es preciso restituirla... Por usted debemos comenzar mamá Génesis...

Dña. GENESIS.—¿Y yo qué puedo hacer?... ¡Pobre de mí!

SALUS.—¡Todo!... El mal.. parte de la raíz y desde allí debe comenzarse a extirparlo. De usted deben partir los buenos ejemplos. Es preciso que hoy mismo se reconcilie usted con su marido.

Dña. GENESIS.—¿Con ese borracho?

SALUS.—¡Con su marido, mamá Génesis! *(Transición).* ¿No es triste que a la edad de usted estén viviendo como dos estraños? Peor aún, ¿como dos enemigos? ¿Que haya habido agravios?, bueno, ¿pero por eso es preciso guardarse un rencor eterno, acumulando odios, tras odios? ¡No! Hay que olvidar, perdonar pequeñas miserias para llegar a la relativa felicidad que podemos ambicionar, y que les permitirá una vejez tranquila rodeados de los suyos, quienes ¿qué duda cabe? se acurrucarían en torno de sus buenos papaítos compartiendo todos juntos y con alegría, del calor del hogar. ¿No lo siente así mamá Génesis? ¿verdad que sí? ¡Qué alegría!... ¡A la obra sin vacilaciones!... ¡A reedificar!... Si seré yo niño... sin quererlo, se me llenan los ojos de lágrimas.

ANGUSTIAS.—*(Por derecha primera, con una taza de café. Salus se la pide e indicándole con la cabeza que se retire, ésta lo hace por la derecha primera, va hacia doña Génesis y con gestos le insinúa que se la lleve a Don*

Francisco. Va ella después de algunas vacilaciones y al ofrecérsela, Don Francisco, la mira con extrañeza, toma la taza y después de una pausa que dura mientras hace mutis compungida Doña Génesis por derecha primera).

D. FRANCISCO.—¡Pobre muchacho!...

SALUS.—¡Don Francisco!... este es el primer paso...

D. FRANCISCO.—*(Riendo siempre).* ¿Hacia dónde?... ¿Pero todavía creés vos en esas cosas? ¡Tendrías que regenerar al mundo entero!

SALUS.—El mundo está compuesto de pequeños mundos, cada casa es uno de ellos... ¡sta familia! Puedo comenzar por alguien. No sé a donde podré llegar, ni me importa, pero comienzo.

D. FRANCISCO.—¿Pero hablás en serio?

SALUS.—Don Francisco, yo creo que...

D. FRANCISCO.—¿En serio? *(Ríe).*

SALUS.—¡¡Don Francisco!!...

D. FRANCISCO.—¿En serio? Mirá Salus, te voy a dar un consejo: ¡Andáte!... ¡andáte, andáte y pronto!... Todavía estás a tiempo. ¡¡Andáte!!...

SALUS.—¿Por qué me he de ir?

D. FRANCISCO.—Has vivido hasta ayer a la sombra de tu padre, un santo por cierto, alejado por completo, enclaustrado casi en los límites de un alambrado, y hoy que asomás la cabeza al mundo, te proponés perfeccionarle.

SALUS.—Yo me propongo hacer todo el bien posible, nada más.

D. FRANCISCO.—Mirá, aunque vivo alcoholizado ,con la sola idea de anularme, conscientemente, eh?... aprovechá el consejo de un hombre que ha vivido más que vos, que ha querido nadar contra la corriente en vez de entregarse a ella como todos y le faltaron las fuerzas, y sin chistar, como obedeciendo a un aviso misterioso en mitad del camino que dice: es prohibido seguir adelante con peligro de la vida; echate atrás, sin terquedad, sin empecinarte más...

SALUS.—Es muy cómodo sin duda alguna embanderarse a esa legión de indiferentes quienes, como usted, viven entre el bien y el mal.

D. FRANCISCO.—No harás más que crearte enemigos y te carcomerán el alma con sus odios por el solo hecho de querer tender el vuelo donde todos se arrastran. Además son ideas esas, atentatorias a todas luces a la libertad individual.

SALUS.—¡Ah!... ¿perseguir ideas de saneamiento, es atentar contra la libertad de cada uno? ¡Pues, es esa la decantada libertad que hay que combatir, porque son ellos que guarecidos bajo esa bandera carcomen los cimientos de la sociedad, una sociedad de amor que debió ser, cooperando todos, sañudamente, al común derrumbamiento!... De esos... que vengan en buena hora sus odios.

F. FRANCISCO.—Hasta que no los sientas operar en carne propia. Para entonces... espero que no te sentirás tan hidalgo.

SALUS.—¡Siempre!... ¡sé que se debe luchar, y lucharé!...

D. FRANCISCO.—Lo mismo quise hacer yo, pero... ¿contra quién? Pronto me convencí que era luchar contra algo informe, puesto que agreden en la sombra. La acción de la carcoma solo se percibe cuando el mal es ya irreparable. Es un mal hecho atmósfera. Es como un viento infeccioso que trae las miasmas de lugares malditos, que te envuelve y te irá carcomiendo lentamente cuerpo y alma. ¿Contra quién querés luchar? Si es informe.

SALUS.—¡Yo buscaré de darle forma. Tengo fe en mis fuerzas y lucharé por humanidad, con decidido amor por mis semejantes! *(Siéntase a la derecha en el sofá).*

ESCENA XII
Dichos, Alba

ALBA.—*(Por primera derecha, deslizándose sigilosamente hasta aproximarse a Salus, y con cortedad).* ¿No le estorbo, papito?

SALUS.—¡Mi hijito!... Usted no me estorba nunca, al contrario, usted me hace falta, a todas horas, a cada momento necesito reflejar en la mía los destellos puros de su almita.

ALBA.—¡Qué bueno es usted papito! Usted no dejará que me sigan llamando guachito, ¿verdad, papito? ¡Para eso usted me puso un nombre y que lindo!... Alba...

SALUS.—Alba... nuevo día... Eso no es todo. Ahora... pienso darte una mamita también...

ALBA.—¡Ay! ¡qué alegría!... Y de seguro será buena como usted ¿verdad, papito? ¿Quién es, quién es, papito?

SALUS.—¿No lo adivinás?.. Vos la conocés...

ALBA.—¿Que yo la conozco? No...

ALBA.—*(Sospechando y tristemente).* Será...

SALUS.—A ver... decilo.

ALBA.—No...

SALUS.—A la una... a las dos... y a las...

ESCENA XIII
Dichos, Josefina

JOSEFINA.—*(Desde el interior).* ¡Salus!... ¡Salus!...

SALUS.—*(Poniéndose súbitamente alegre).* ¡Ella!... ¡Ella es!...

ALBA.—*(Llora silenciosamente al confirmar su sospecha y enjugándose las lágrimas; váse derecha primera, lentamente).*

JOSEFINA.—*(Apareciendo por derecha primera).* ¿Qué hacías?

SALUS.—¡Nada!... charlaba con... ¡oh!... *(Perplejo ante el revelante gesto de Alba y las palabras de don Francisco después).*

JOSEFINA.—*(Viendo en la actitud de Salus, que pasa de la perplejidad a la realidad que parece entrever, le cubre los ojos con las manos, cariñosa y fe[illegible]linamente).*

D. FRANCISCO.—*(Poniéndose de pie y encaminándose lentamente hacia el foro, en donde rematará la frase).* Es informe. ¡Es como un viento infeccioso que trae las miasmas de lugares malditos, que te envuelve y te irá carcomiendo lentamente cuerpo y alma!... *(Ríe sentenciosamente).*

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Escena semi-oscura. De la puerta tercera izquierda, una fuerte irradiación de luz da a la escena.

ESCENA I

Alba, en seguida Angustias

ALBA.—*(Aparecerá por derecha primera, y se deslizará por el foro hasta enfrentar a la escalera, con un atadito en la mano).*

ANGUSTIAS.—*(Por tercera izquierda)* ¡Ya estamos otra vez? ¡No le han dicho a usted que no se mueva de la cocina? *(Fijando su atención en el atado que lleva Alba, y sospechando sus propósitos de fuga).* ¡Y eso? ¡A dónde iba? Ahora verá con la señora...

ALBA.—No... no por Dios, téngame lástima, Angustias.

ANGUSTIAS.—¡Ese es su agradecimiento, después que lo han recogido?

ALBA.—¡Perdón!... ¡no diga nadita Angustias, perdón!...

ANGUSTIAS.—¡Y por qué quería marcharse?

ALBA.—Como ya papito no me quiere... *(Sollozando).*

ANGUSTIAS.—Está usted mal acostumbrado. ¡Qué no le quiere?... En este día, solo está para su señora.

ALBA.—Es que no es solo hoy, usted lo sabe... desde hace tiempo no me habla, ni siquiera me mira.

ANGUSTIAS.—¡Bah!... ¡déjese usted de tonteras!... Como ha de acordarse de usted preocupado como anduvo con su casamiento.

ALBA.—No, si no es por eso, sino que Doña Génesis y Josefina, le hacen creer que yo me porto mal.

ANGUSTIAS.—¡Ah, eso es sabido, que no le quieren, y que aprovechan de su preocupación para atizarle... es claro!... *(Se oye un timbre, llaman de la calle).*

ESCENA II

Dichos, Elías

ELIAS.—*(Por tercera izquierda).* ¡Quién es, ché? ¡es el Chueco?

ANGUSTIAS.—*(Se asoma a la escalera, y como hablando con alguien que se supone el pie de ella).* ¡A quién dice? ¡Ah!... ¡Humberto? Sí, está, un momentito...

ELIAS.—*(A Angustias).* ¡Es el Chueco?

ANGUSTIAS.—No, no es él. Que... ¡había de venir?

ELIAS.—Si qué viene. Está tardando mucho.

ANGUSTIAS.—No me diga...

ELIAS.—Pero viene a practicar el box conmigo, ¡sabe?, no para llevarle el apunte.

ANGUSTIAS.—Sí que me lo llevará... *(Váse tercera izquierda).*

ELIAS.—*(Viendo a Alba que trata de deslizarse).* ¡Ché!... ¡Ché!... ¡Hands, referée. está manoteando la pelota! *(Le saca el atado de entre las manos y hace gambetas con él entre los piés, y por fin lo patea al interior (derecha primera), después de haber hecho mutis Alba, por el mismo. En seguida pónese a ejercitar el box contra un mueble).*

ESCENA III

Dicho, Humberto y Angela

HUMBERTO.—*(Seguido de Angela, por tercera izquierda. Hablando con un interlocutor que se supone al pié de la escalera y que antes lo hiciera con Angustias).* ¿Qué hacés?... ¿Cómo?... ¡Pero estás loco!... ¿qué te has creído? ¿Por quién me has tomao vos? Voy a ir a parar letras... no soy tan desgraciao como vos... yo no he nacido para morir con el componedor en la mano. ¡Yo soy periodista!...

ANGELA.—¡Pero Humberto, te viene a buscar para trabajar! *(Dirigiéndose apresuradamente al que se supone al pie de la escalera).* ¡Oiga! ¡Oiga Don... *Conteniéndose de repente como si hubiera escuchado algo desagradable).*

HUMBERTO.—¡Tomá! ¡metete!...

ANGELA.—Vos tenés la culpa... Tenemos que pagar la pensión...

HUMBERTO.—Ya sabés lo que tenés que hacer.

ANGELA.—¡Ah, eso no! Irás vos a pedirle si querés... yo no tengo cara para pedir dinero a un señor que apenas me ha concedido su amistad con todo desinterés.

HUMBERTO.—¿Con todo desinterés?... Venía a contármela a mí...

ANGELA.—Serías capaz acaso de sospechar...

HUMBERTO.—Yo no digo nada, pero la gente ya habla.

ANGELA.—¡Esa es una infamia!

HUMBERTO.—No digo que no... pero te advierto que si es por ese temor, no dejés de atropellarlo.

ANGELA.—¡Nunca!... ¡me entendés, nunca!...

HUMBERTO.—Bueno, morite entonces...

ANGELA.—Humberto...

HUMBERTO.—¡Piantá de hay!... qué embromar... *(Váse Angela, primera derecha. A Elías).* ¿Vos, qué hacés?

ELIAS.—Tengo un match, mañana.

HUMBERTO.—¿De box?

ELIAS.—De bulistas...

HUMBERTO.—¿Y qué tiene que ver el box con el football?

ELIAS.—¿Qué tiene de ver?... me gusta. ¿No viste como acabamos el partido del domingo con los del Ranunes Atletic Club? Así casi siempre. ¡Pero a mí no me la dan más! ¡Mangiá que bisteck!... *(Hácele palpar los biceps).* Al primero que se demande, de un cros-biaba le pongo un ojo como zócalo e conventillo. Mañana en el desempate no juego adelante, ¿sabés? Dejo mi puesto de wing derecho por el centre-half, pa marcarlo bien al atorrante ese. "El Ñandú", ¿te acordás? que juega de centro forward pa ellos, ¡le rompo una pata en fija!... y si se me viene el tim entero, ahí verás lucirse a la muchachada entonces, las vamos tah bien de aquí, como de acá. *(Haciendo ademán de boxeador y de footballers).* Del referée me encargo yo, ¡le tengo unas ganas al del 667, que de un stomach-blow, se traga el pito, se lo traga!...

YC107485

HUMBERTO.—Sí, tengo entendido que ese referée no las va con los malevos.

ELIAS.—¡Ah!, pero jugamos en la cancha nuestra.

HUMBERTO.—¡Y eso qué tiene?

ELIAS.—¿Que tiene? ¡parecés zonzo! ¿No te has fijao? Si parezco otro cuando juego y tengo mi publiquito. Me pasan la pelota nomás y ya empieza el público: ¡Elías! ¡Elías!... Se me viene un half contrario y otro con una estirada formidable. ¡zás! un dribling y otro y salgo vendiendo boletines, en un round por el wing de esos marca mía, y el público: ¡¡Elías!! ¡¡Elías!!... Llego hasta enfrentar el área penal y los compañeros: ¡Centro!... ¡Centro!... pero el público me grita: ¡Shot!... ¡Shot, Elías! ¡Shot!... y enderezo p'al arco nomás. Entre driblings y más driblings salvo un half y otro y con una gambeta, compadre, adiós back!... y sordo entre los gritos de ¡Shot!, ¡Shot!... lo enfilo como cañonazo volando la red y haciendo crujir como un quejido el arco, entre un atronador: ¡Gol!... y mil pamelines que se echan a volar. Algún compañero envidioso me grita: ¡morfón!... pero mi publiquito me dice: ¡Bravo, Elías! *(Pausa)* ¡Date cuenta! En cuanto el del auto se demande y empiece a ver four hand y off-side pa reventarnos o si la llevamos perdida nomás, con ese publiquito y a la voz de ¡aura!... invade la cancha y se acabó el partido. *(Suena el timbre de la calle)*. Ahí debe estar El Chueco.

ESCENA IV

Dichos, Irene, en seguida El Chueco

IRENE.—*(Por el foro)*. ¿Está Romualda?

ELIAS.—*(Sin contestarle)*. ¡Adelante!... hay asiento... pasá ché, Chueco

HUMBERTO.—¿A Romualda, busca? Un momento... *(Vase tercera izq.)*

ELIAS.—*(A El Chueco que aparece por foro)*. ¿Qué hacé, qué hacé, viejo?...

EL CHUECO.—Caté los guantes del club, mangiá!...

ELIAS.—¡Traé! *(Toma los guantes y se los calza y le imita El Chueco. En seguida le tira un golpe a El Chueco y este a él, y después otros)*.

HUMBERTO.—*(A Irene)*. Ya viene Romualda... *(A Elías)*. Ché, decile a mi mujer que voy hasta la botica en una disparada y vuelvo.

ELIAS.—Qué, ¿está por morirse alguno?

HUMBERTO.—No hombre... el intoxicado de Felipe que le estaba pegando al droguis, haciéndose el guapo, queriendo pasar sin morfina y ahí está en un alarido. *(Vase foro. Elías vuelve a hacerle un tiro de box a El Chueco y dándose de trompadas hacen mutis por primera derecha)*.

ESCENA V

Dichos, Agustín, después Romualda

AGUSTIN.—*(Por tercera izquierda)*. ¡Hola!... ¿Irene, como le va?

IRENE.—Ya lo ve.

AGUSTIN.—Cada día más buena moza.

IRENE.—¿Le parece?

AGUSTIN.—Ya lo creo. Y supongo que no dudará que soy un hombre de buen gusto.

ROMUALDA.—*(Por tercera izquierda)*. ¡Irene!...

IRENE.—Como me queda de paso, me mandan del taller a saber si pensas ir mañana. ¡Rabonera!...

ROMUALDA.—Y m'hija... con razón. Aunque no sea hermana más que por parte de madre... el día de su casamiento, no podía faltar.

IRENE.—¡Ah, es claro!... te digo nomás. Ché, ¿y dónde están los novios?

ROMUALDA.—Ahí están en el comedor, en familia.

IRENE.—¿No los dejan solos todavía?

AGUSTIN.—Ya tendrán tiempo de estarlo. Han llegado tarde del civil y no van a ser los primeros en levantarse de la mesa.

ROMUALDA.—No, si él quería... pero fijate si será zonza mi hermana, no quiere que la dejen sola con él.

IRENE.—¡Eso no!... a mí también me daría no sé qué, quedarme sola por primera vez con mi marido. ¿No le parece? *(A Agustín).*

AGUSTIN.—*(Con ironía).* Debe ser un mal momento para muchas.

ROMUALDA.—Pues yo como si tal cosa. No digo que yo haría lo que dice Margarita, pero...

AGUSTIN.—¿Quién es esa Margarita?

ROMUALDA.—Una oficiala del taller. ¡Si viera que diabla es! ¿Cierto ché? ¡Ay, dice cada cosa... como es de bandida! ¡Nos hace reir!...

AGUSTIN.—Pero... ¿qué dice esa niña. *(Romualda e Irene ríen maliciosamente).*

ROMUALDA.—*(A Irene).* ¿Le cuento, ché?

IRENE.—¿Estás loca?...

AGUSTIN.—Sería injusto que no lo hiciese, después que me ha dejado entrever... *(Ríen de nuevo).*

IRENE.—¡Lo que es ésta también, entró al taller que parecía una mosca muerta, pero está hecha una avispa!...

AGUSTIN.—Vamos a ver... Sean buenitas conmigo.

ROMUALDA.—¿Sabe lo que dijo?

IRENE.—¡Ché!... no seas sinvergüenza... me voy, eh? *(Hace el ademán y la detienen).*

ROMUALDA.—Bueno, después se lo cuento.

AGUSTIN.—Pero qué no se entere tu flamante cuñado, porque diría que los talleres son una escuela de deshonestidad.

ROMUALDA.—*(A Irene).* ¿Querés ver la pieza de los novios? *(Señalándola).*

IRENE.—Ah, ¿es esta? ¡mirá que bien!... espejos por todos lados... hasta chaisse longue... ¡qué lujo!... *(Cruza Angustias de tercera izquierda a primera derecha).*

AGUSTIN.—Conste que el arreglo de la pieza, está hecho bajo mi dirección, eh?

IRENE.—Me lo sospechaba...

AGUSTIN.—¿Por qué?

IRENE.—Sabemos que pilcha es; no hay cuidado. Bueno ché, me voy que es tarde.

ROMUALDA.—¡Jesús!, que apuro... ¿no querés tomar alguna cosita?

IRENE.—No, qué esperanza...

ROMUALDA.—Otras veces vas más tarde y vos misma me has dicho que no te dicen nada en tu casa.

IRENE.—Sí, los tengo bien acostumbrados a los viejos pero... me esperan.

AGUSTIN.—¡Ah, ya caigo! ¿A que está Gutiérrez en la esquina?

IRENE.—No... *(Riendo).*

ROMUALDA.—¡Ah, bandida!...

IRENE.—Hasta mañana. *(Medio mutis riendo, por el foro, y dándoles la mano).*

ROMUALDA.—No te pierdas por el camino.

IRENE.—Perdé cuidado... *(Desde la escalera, y desaparece).*

AGUSTIN.—Recuerdos a Gutiérrez...

ROMUALDA.—*(Medio mutis por tercera izquierda)*

AGUSTIN.—Romualda... yo estaba por ir con Gutierrez a la salida del taller.

ROMUALDA.—Superior... vaya. Asi ellos podrán conversar más a gusto. Nosotros detrás de ellos haremos los papás.

AGUSTIN.—¿Sabés lo que podés hacer? Le decís a tu mamá que hay recargo de trabajo y que te quedás a comer en el taller, asi, nos vamos juntos a cenar por ahi. ¿Que te parece?

ROMUALDA.—¡Ah, no! Después si lo llegan a saber...

AGUSTIN.—Yo tengo tanto interés como tú de que no se sepa nada de esto.

ROMUALDA.—Bueno, veremos mañana, según lo que diga Irene.

AGUSTIN.—Entoncés, de acuerdo ya. Trata de ir bien. Ponete ese vestido.

ROMUALDA.—Ah, no se si podré. Salus me dijo hoy que no me lo ponga más.

AGUSTIN.—¿Por qué?

ROMUALDA.—Por qué... espérese... a ver como me dijo...

AGUSTIN.—¡Ah! Ya yo sé; que hay una falta absoluta de pudor en esas faldas estrechas y abiertas hasta la rodilla, habra dicho, que con ellas fomentan la propaganda lasciva y que excitan las malas pasiones. Que no hay que someterse a la tiranía de las modas, sinó en algún matiz solamente, procurando distinguirse siempre de las impúdicas que hoy se confunden con las honestas en grado sumo... ¿No es todo eso lo que te ha dicho?

ROMUALDA.—Sí, eso más o menos.

AGUSTIN.—Pero no le hagas caso... ¡qué sabe ese bárbaro de modas!... Tan luego ésta, la más artística que hayan concebido los modistos. ¡Todo líneas! ¡Si es divina la moda!... Está bien que aquella con quien la naturaleza no estuvo pródiga, trate de ocultar sus defectos, pero a vos que te ha dotado de tan bellas formas, ¡a lucirlas! Debías hasta quitarte ese tul que cubre tu descote y... desabotonar uno o dos botones más de la pollera y... aunque marcaras más tus formas... son bellísimas... Estarías... ¡para comerte!... *(Apasionándose y tocándola durante el parlamento y dándole un beso al final.)*

ESCENA VI

Dichos, Elías y El Chueco

ELIAS Y EL CHUECO.—*(Por primera derecha, prendidos en pelea, precediéndoles un ruido confuso producido por el rodar de muebles, y unos guantes de box que caen a la escena, y que motiva la huída azorada de Romualda por tercera izquierda).*

AGUSTIN.—*(Interviene y consigue a duras penas separarlos, diciendo)*: ¡A ver!... ¡qué es esto!.... ¡no tienen vergüenza!... ¡armar este escándalo!... ¿qué hay? ¿qué ha pasado?

ELIAS.—*(Después de separados y de una pausa)*. Se me hizo cierto, se me hizo...

EL CHUECO.—¡Me calenté!...

AGUSTIN.—*(Riendo)*. Lindos se han puesto.

ESCENA VII

Dichos, Angustias

ANGUSTIAS.—*(Que antes ya, cuando estaba en escena Irene, cruzó de tercera izquierda a primera derecha, aparece por esta última y aproximándose a El Chueco, le dice)*: ¿Qué tienes meu fidiño? ¿qué tienes en la cara?

EL CHUECO.—*(Secamente)*. ¡Espiante!

ANGUSTIAS.—¿Vendrás luego, si?

EL CHUECO.—¡Espiante!...

ANGUSTIAS.—*(Al medio mutis)*. Los colores, le hermosean... *(Váse ter-*

cera izquierda).

ELIAS.—¿Se vamos al club?

EL CHUECO.—Se vamos... *(Vanse los dos por foro, mientras Agustín, quédase riendo).*

ESCENA VIII

Dicho, Felipe

FELIPE.—*(Por tercera izquierda).* ¿No vino Humberto, todavía?

AGUSTIN.—No lo he visto...

FELIPE.—¡Lo que demora... ese canalla!...

AGUSTIN.—¿Qué le pasa?

FELIPE.—No me siento nada bien... ¡ay!...

AGUSTIN.—Si precisa algo...

FELIPE.—Lo mandé a buscar morfina...

AGUSTIN.—No querrán venderle... se muestran muy reacios los farmacéuticos para la venta de alcaloides.

FELIPE.—¡Miente!... ¡eso no es cierto!... ¡Son unos canallas!... ¡Por favor!... hágame ese servicio... no puedo más... Diga usted que se trata de un enfermo grave y que es para emplearla como anestésico, ¡por favor!... ¡Ay!... ¡no puedo más!...

AGUSTIN.—Bueno amigo, cálmese. Dencanse mientras un ratito que yo procuraré conseguirle... vamos... *(Felipe quéjase amargamente y Agustín tomándole en brazos lo acompaña a su habitación, segunda izquierda).*

ESCENA IX

Don Casimiro, en seguida Agustín

D. CASIMIRO.—*(Aparece por el foro y cautelosamente aproxímase a la puerta tercera izquierda, procurando no ser visto).*

AGUSTIN.—*(Reapareciendo).* ¡Que se muera!... *(Encójese de hombros y sorprendido al encontrarse con Don Casimiro que no puede disimular su turbación).* ¡Hola!... ¿Usted por aquí? ¿Venía a balconear los resultados trágicos de su anónimo, verdad? Vea, aquí está *(Sacando de su bolsillo un sobre que le muestra).* y Salustio y Josefina casados. Véalos. *(Indicando a tercera izquierda).*

D. CASIMIRO.—¿Casados? ¡no!...

AGUSTIN.—Desde esta tarde a las cinco.

D. CASIMIRO.—¿Por qué interceptó usted esa carta? ¿Con qué derecho?

AGUSTIN.—Baje la voz... ¡no chille!... que le conviene más a usted que a mi ¿No le dije a usted señor despechado, que yo tenía interés en que ese enlace se efectuara?

D. CASIMIRO.—Es que, por sobre su interés personal está mi moral y no he hecho más que cumplir con mi deber, tratando de evitar que esa... mujer engañase vilmente a ese pobre muchacho.

AGUSTIN.—*(Riendo burlonamente.)* Su moral... ¿También creerá usted que ignoro su pretensión de casarse con ella, apesar de saber que era mi amante? ¡Niéguelo!

D. CASIMIRO.—No lo niego.

AGUSTIN.—¿Dónde está su moral entonces?

D. CASIMIRO.—En que yo me casaba, sabiendo bien quién era ella. En cambio ese pobre señor, ha caído en un lazo canallesco, tendido por todos aquellos que mayor amistad le demostraban.

AGUSTIN.—No trate de justificar con una falsa moral su pobre acción de egoista. Si usted con tal de lograr su objeto, de poseer a esa mujer tratando de saciar la pasión loca que lo tiene a mal traer, no ha reparado en traicionar a un amigo. Además, no hay tal lazo. La prueba la tiene en el caso omiso que ha hecho de su denuncia.

YC107485

D. CASIMIRO.—Como que no se ha enterado de ella, de haberla usted dejado llegar a sus manos...

AGUSTIN.—No veo como poder evitarlo... El sobre está bien dirigido y ¿quién pudo sospechar que fuera suyo? Un momento antes de ir al civil, me lo entregó diciéndome: Entérese. Ya no saben que hacer para destruir la dicha ajena y se valen de este medio anónimo para calumniar a una pobre criatura y amargarme el momento más feliz tal vez, de mi vida. Pero nada han conseguido; se olvidan de que soy un hombre superior y que no influyen para nada en mi ánimo tales bajezas. ¡Pero son malos!... Textual.

D. CASIMIRO.—Eso me demuestra que él sigue ignorándolo todo.

AGUSTIN.—O también, que está dispuesto a no prestar oídos a lo que él creerá firmemente y siempre, que son calumnias.

D. CASIMIRO.—¡Eso lo veremos! Esa mujer me ha quitado la tranquilidad, me ha desorientado, trastornándome la cabeza que ya no la tengo para el trabajo, para nada. ¡Ah... ya que no puedo ser feliz yo, que no lo sea nadie! *(Medio mutis).*

AGUSTIN.—Vea amigo; yo me voy a permitir darle un consejo y usted bien sabe que no soy hombre de perder la cabeza, ni siquiera la serenidad, por duro que sea el trance. Los golpes que he sufrido en la vida me han curado del mal de espanto. Sus propósitos de venganza son simplemente por despecho y un hombre despechado no va a ninguna parte. Domine esa mera satisfacción del agravio recibido a su manera de ver y persista en su egoismo, que al fin egoismo no es más que un excesivo amor a sí mismo y eso nadie será capaz de condenarlo. Insistiendo usted en sus propósitos de venganza, al fin ¿qué?... provocaría sin duda alguna la separación de los nuevos esposos, y ¿qué más?... el odio eterno de ella y por ende irremisiblemente toda esperanza de poseerla algún día. Hágame caso, espere... con el tiempo... y ¡qué diablos!... conmigo cuenta usted con un amigo.

D. CASIMIRO.—*(Dudando).* ¿De verdad?

AGUSTIN.—¡De veras!... *(Se dan la mano y después con sigilo)*: Este señor Salus está convencido de nuestra adhesión a él, de la sinceridad de todos nosotros. Sueña el pobre con una reacción y habla de un posible perfeccionamiento y... no sé que otras pavadas. ¿A qué volverlo a la realidad? Nada cuesta seguirle la corriente al loco ese ¿no le parece?

D. CASIMIRO.—Claro está.

ESCENA X

Dichos, Salus, Josefina, Doña Génesis

SALUS.—*(Por tercera izquierda con Josefina, a quien trae abrazada, seguidos de Doña Génesis).* ¿Qué es esta oscuridad? *(Dando luz).* ¡Luz, mucha luz, que es alegía! ¡Así!... *(A Josefina).* ¡Qué feliz soy Josefina de mi alma! Te confieso ahora, cuando puse los piés en esta casa, estuve a punto de huir cobardemente. ¡Qué ambiente malsano!... Hasta tu misma, perdóname, una vez aquí me pareciste otra: otro carácter, demasiado coqueta, dominadora, no sé... Luego, poco a poco, luchando suavemente pero con tenacidad, hemos llegado a esto, ¿puedo ambicionar más? Nunca llegué a sospechar tanta felicidad. Tu mía, toda mía, rodeados de los tuyos y de todos, en la mayor armonía, llenos de fé en el mañana, cantando a la luz de cada nuevo día, queriéndose unos a los otros, transformados, optimistas, predispuestos al bien común, a la buena amistad, al revés de los antiguos resentimientos y hasta odios, que cultivaban con un entusiasmo aniquilante, aplastador! ¡Oh! ¡Si parece que una tonificante racha de oxígeno hubiera arrasado con aquella atmósfera viciada! ¡Qué feliz soy mi Josefina! Venga usted también con nosotros mamá Génesis... ¡así!... *(Se abrazan).* ¡Qué dulce bienestar!... *(Doña Génesis, llora).*

JOSEFINA.—*(Reconviniéndola)*. Mamá...

SALUS.—Déjala que llore, que son lágrimas santas, de alegría, de salud... Benditas sean ellas... *(Reparando en Agustín y Don Casimiro)*. ¡Hola!... ¿Ustedes aquí? Con nosotros, ¡vengan, vengan!... *(Después de abrazarlos. Reconviniendo dulcemente a Don Casimiro)*. ¿No ha querido usted compartir de nuestra alegría? ¿Me guarda rencor, no?

AGUSTIN.—El amigo no ha podido venir antes por asuntos íntimos ineludibles, pero ha querido aunque solo sea un rato, estar presente en esta hora.

D. CASIMIRO.—Esa es la verdad. No sé guardar rencor a nadie y menos a usted que me honra con su amistad.

SALUS.—Lo sabía, amigo Don Casimiro, lo sabía. Y no hablemos más de eso. *(Breve mutis)*.

JOSEFINA.—*(Aparte a Doña Génesis)*. Tiemblo con solo pensar que pronto debo quedarme sola con este hombre y siento que me abandona el valor, que me flaquean las fuerzas conque antes contara.

Dña. GENESIS.—¡Ahora coraje! ¡No seas zonza! Ya no es posible volverse atrás. Aquí de la habilidad de que siempre has hecho gala y déjate de arrepentimientos tardíos. Ya eres señora y tienes un nombre, que te rehabilita. Lo demás, poco importa. No solo hay que saber engañar sinó también mantener el engaño. *(Suena el timbre)*.

ESCENA XI

Dichos, Oficial

SALUS.—A estas horas... ¿Quién será? *(Oficial de policía, por foro)*.

Dña. GENESIS.—¡La policía en mi casa! ¿Qué ha pasado?

SALUS.—*(Al Oficial)*. ¿Qué deseaba?

OFICIAL.—La señorita Josefina... *(Al notar el ademán de Josefina)*. ¡Ah! ¿es usted señorita?

SALUS.—¿Qué?...

OFICIAL.—En la comisaría hay una carta para usted... Es de un joven que se suicidó esta tarde y no ha dejado nada más escrito. El comisario me manda requiera de usted datos que arrojen alguna luz sobre los motivos que lo indujeron a tomar esa resolución extrema.

SALUS.—¿De un suicida?

JOSEFINA.—¿Como es? ¿como se llama?

OFICIAL.—Aún no ha sido identificado, por eso...

SALUS.—A ver, debe ser una equivocación.

JOSEFINA.—*(Presa de una terrible agitación)*. ¡Por mí!... ¡se ha suicidado por mí!... *(Mueca terrible de estupor y satisfacción a un tiempo y que no ha podido evitar expresarlos con una sonrisa)*.

SALUS.—¿Qué es? ¡¡habla!!... ¿qué es lo que pasa?

JOSEFINA.—*(Ahogándose su voz en la garganta)*. ¡Nada!...

SALUS.—¡Ah! me lo suponía... ¿no es para vos?

Dña. GENESIS.—Dejala por Dios, ¿no ves que está emocionada?...

SALUS.—Como ríe así... tontamente y no dice nada... *(Salus al Oficial de policía)*. No le dije, es una equivocación. No es para ella.

JOSEFINA.—*(Presa de una crisis nerviosa)*. ¡Si!... ¡se ha suicidado por mí!... ¡me quería!...

SALUS.—¡Josefina!... *(Tratando de impedir inútilmente que los demás se enteren)*.

Dña. GENESIS.—¡Ave María! ¡vos también, no considerás nada! Vamos... cálmese. *(Vánse por derecha primera seguidos de Don Casimiro y Agustín)*.

YC107485

SALUS.—*Al ver indeciso al Oficial).* Es un error. ¡No es para ella, le he dicho!... *(Váse Oficial encogiéndose de hombros. Salus se deja caer en el sofá, con la mirada fija en el suelo, como sumido en hondas reflexiones).*

ESCENA XII

Dicho, Don Francisco, Felipe

FELIPE.—*(Por segunda izquierda).* ¿Humberto, no ha venido todavía?...

D. FRANCISCO.—¿Has mandado buscar la partera?

FELIPE.—¡Usted está borracho!

D. FRANCISCO.—Noto, mi querido intoxicadito, que hay en tus palabras una pretensión de insulto...

FELIPE.—¡Usted está borracho!

D. FRANCISCO.—Apercíbome...

FELIPE.—*(Con más vehemencia).* ¡Usted está borracho!...

D. FRANCISCO.—Apercíbome tu manifiesta intención de faltarme sin lograrlo y por si llegas a repetir lo que yo tomo por mera clasificación, desde este momento queda abierta la válvula de epítetos o adjetivos que peor califiquen a tu familia.

FELIPE.—Ahora es usted el que insulta...

D. FRANCISCO.—Todavía no he abierto la válvula...

FELIPE.—¿Pero quién le va a hacer caso a un borracho?

D. FRANCISCO.—Ahora sí, queda abierta por un cuarto de hora.

FELIPE.—¡No vé como disparata! La obra del alcohol... a usted que es un hombre inteligente lo vuelve trivial. Vea viejo, deje el alcohol.

D. FRANCISCO.—Fué néctar de dioses...

FELIPE.—¡De uno solo!... porcino, ordinario... ignorante... así todos sus prosélitos...

D. FRANCISCO.—No te permito...

FELIPE.—¡Una punta de morbosos, degenerados y locos! Si usted quiere conservar sus facultades intelectivas deje el alcohol viejo, creamé... *(Persuasivo, y sigilosamente).* Hay un remedio heróico contra los dolores físicos y del alma!...

D. FRANCISCO.—Nada como el alcohol.

FELIPE.—¡Mucho más delicado, elegante y hasta romántico! ¡Es tan inofensivo que para sentir más intensamente sus encantadores efectos, me inyecto en las venas y cuantas, tan extrañas como inefables sensaciones... y unas energías vitales... enormes!... ¡Me siento transportado a una vida mejor, alejándome de esta, de miserias, infamias y sufrimientos mil... ¡Pruebe, pruebe viejo y verá que no lo engaño!

D. FRANCISCO.— *(Con asco).* ¿La morfina?...

FELIPE.—¡La morfina, sí!... sin morfina no es vivir... ¡Se cita a la ilusión más bella con esa, la droga de los sueños!...

D. FRANCISCO.—La droga... del sueño eterno, a donde vas a ir a parar, no sin antes sufrir una larga laxitud con ese tóxico.

FELIPE.—Este miserable organismo lo tengo hecho un escombro y sin esa inyección de vida intensa y óptima que me doy multiplicada, se uniría a mi malestar físico, un no menos grave moral [illegible] un espíritu selecto y talentoso como el mío. En cambio... ¡ay!... ¡Dios mío! ¡esto es demasiado!... ¡cómo sufro! ¡y no viene!... con una pequeña dosis de ese tóxico como usted dice, se pasa a una vida paradisíaca; será artificial si usted quiere, pero se sueña, y no es efímera, porque puede prolongarse cuanto se quiera. ¡He comenzado con dos centígrados y hoy estoy a 6 gramos!... ¡Ay que dolores atroces!... ¡que angustia, indefinible!... ¡que venga Humberto!... ¡que ven-

ga!... *(Sacando un objeto del bolsillo).* ¡Aquí está la jeringuilla hipodérmica!... ¡véala!... ¡pero que venga pronto!... ¡Pronto!... *(Pausa, durante la cual Felipe ha apoyado su cabeza sobre la mesa y Don Francisco rie burlonamente).*

ESCENA XIII

Dichos, Agustín y Don Casimiro, por primera derecha, después Humberto, más tarde Josefina, al final Alba.

D. FRANCISCO.—¡Hola! Don Casimiro... ¿estaba por acá? Nos ha pegado la falta envido hoy, eh? Le prevengo que le hemos echado de menos. ¡Venga... siéntese a mi lado, vamos a alacranear un rato. Venga usted también Don Agustín... ¡siéntense!... ¡A ver, Angustias!... *(Llamando a la criada).* ¡Señores!... habiendo llegado al cuarto de hora de la sinceridad, queda abierta la sesión en tenida magna! *(Aparece la criada).* ¡Traete champagne, vino, de lo que haya quedado!... ¡para todos!... Bueno, ¡vamos a ver!, vayan volcando bilis muchachos, que buen acopio tendrán hecho después de un día de asuento... forzado.

AGUSTIN.—*(Pide silencio, indicando la presencia de Salus).*

D. FRANCISCO.—El también entrará... *(La sirvienta aparece con una bandeja botellas y vasos; les sirve).*

FELIPE.—¡Pido la palabra!...

AGUSTIN.—¡Caray!... me largo.

FELIPE.—Le prevengo que será peor si se va. Además no me voy a ocupar de usted, sinó de este personaje. *(Por Don Casimiro).*

AGUSTIN.—Lo mismo... va a empezar a macanear...

D. CASIMIRO.—Déjelo usted, estoy inmune de las mordeduras de este alacrán.

FELIPE.—¿Inmune? ¡inmundo estás vos! ¿Por qué no has venido a la fiesta? Aunque a la verdad has hecho bien, esta clase de fiestas no son para vos, son de profilaxia social... Bueno, vos no apareciste en persona, pero... te hiciste sentir...

AGUSTIN.—¡A ver, hombre!... *(Señalando con la cabeza a Salus).*

FELIPE.—Bueno, si no quieren que hable... más entonces...

D. FRANCISCO.—Tiene la palabra Don Casimiro.

D. CASIMIRO.—Este, *(Por Felipe)* se mete con todo el mundo y es el que menos derecho tien para hacerlo. Un señor que adquiere un vicio y ¡qué vicio!... como algo imprescindible para poder vivir entre gentes. Y de ahí que nos resulte cómodo a todos nosotros su intoxicación. De otra manera andaría a mordiscos, tal es el cúmulo de odios que tiene almacenado en la sangre. La morfina sólo le sirve para disfrazar su instinto a ratos, porque no hay cuidado, siempre se le encontrará alerta cuando se trata de arrastrar a alguién en su caída. Tiene todas las características del que sufre un mal contagioso: procura contaminar su mal a todo el que se le allegue y ojalá la humanidad entera se le allegara.

FELIPE.—Para que vean quien es este señor que pretende hacer prédica de amor al semejante. Con cuatro pesos mal habidos, ejerciendo de portero, gurupí, etcétera... en esta etcétera van comprendidos muchos oficios bajos, se estableció con una fonda. Como no hiciera negocio, puso aviso en un diario para venderla. Dos pobres viejos que después de, sabe Dios cuantas privaciones habían logrado reunir un capitalcito, se presentaron como interesados y compraron. Pocos días después quedaron en la calle y el horror a la miseria los llevó al suicidio.

D. CASIMIRO.—¿Y a mí qué? El negocio lo tuvieron a prueba tres días.

FELIPE.—Eso bastaba para quedar usted exento de toda culpabilidad aunque existiese una ley para el caso, pero... sepan que durante esos días de prueba, este señor, a quien sólo se le puede tildar de vivo, llenó el fondín de clientela falsa, dándoles de comer de balde y que naturalmente, se esfumó, tan pronto se hicieron cargo del negocio los pobres viejos. ¿Qué les parece el bendito este? *(Todos ríen).*

D. FRANCISCO.—Vos estás procurando de amoscarlo, pero no lo vas a conseguir. *(Azuzando sin embargo, con el gesto).*

D. CASIMIRO.—*(Se encoge de hombros).*

FELIPE.—Ya lo sé, si este tiene una cara...

AGUSTIN.—Cuidado que está agresivo hoy, Felipe.

FELIPE.—¡Usted no hable!... y menos para hacer causa común con este personaje.

AGUSTIN.—¡Bah! ¡Bah! Con usted no se va a poder hablar ya, sinó cuando esté en su sopor característico. *(Se pone de pie).*

FELIPE.—Venga para acá, no se vaya, o ¿tiene miedo que le saque los trapitos a la luz?

AGUSTIN.—Pisht... ¿qué podrá usted decir de mí? ¿Que me gustan las mujeres?... Es cierto, pero no para explotarlas como se me ha calumniado, talvez usted mismo. Yo las quiero a todas, si querer es sentir la necesidad de acariciarlas, pero nada espero de ellas; sólo trato de saciar mis apetitos y eso es todo.

FELIPE.—Nada sería eso y hasta más aún, que usted por saciar sus apetitos sensuales con un desenfreno de sátiro atropellara, como lo ha hecho, a más de una inocente, sinó que, y ahí lo grave, va sembrando conscientemente la contagiosa podredumbre de su cuerpo.

AGUSTIN.—¡Vea!... *(Transición).* Más vale que me calle.

D. FRANCISCO.—¡Se acabó el cuarto de hora!... *(Imponiendo silencio).* Vamos a hablar de los ausentes, se sutiliza más.

FELIPE.—*(Quejándose).* ¡Ay!... ¡y ese canalla de Humberto que no llega!...

D. FRANCISCO.—¡De ese mismo! Lo tengo clasificado en la familia "alacranística", como el alacrán-átomo, porque no vive sino agrupado. Es siempre uno, un "Don Nadie". Es relajante hasta en su hogar. No tiene criterio propio y vive del de los demás hecho suyo. Va siempre a la vera de uno *(Señalando con la vista a Felipe)* que se haya destacado por alguna manifestación de talento. Ahí está...

HUMBERTO.—*(Por el foro).* En la asistencia la conseguí...

FELIPE.—*(Da un alarido de júbilo y precipitándose sobre Humberto le quita la morfina de entre las manos y se aplica una inyección en el brazo, ante la estupefacción de todos, incluso de Salus. Después, viendo a Don Francisco).* Me estoy palpitando viejo, que la borrachera de hoy es simulada; para no aparecer como cómplice en la inicua farsa de esta tarde. *(Conmoción general y precisa ante la magnitud de la indiscreción de Felipe).*

D. FRANCISCO.—*(Después de una pausa embarazosa).* Bueno, continúa la sesión.

SALUS.—*(Que hasta este instante mantúvose en penosa lucha consigo mismo. Valientemente).* ¡No! ¡¡No!! ¡Ya es bastante!... *(Adelantándose).* ¿Expliquenme que es todo esto que acabo de oir? ¡¡Delincuentes!!! ¡¡Sí!! ¡¡delincuentes!!... ¡Delincuentes ante la conciencia, ya que no ante la ley! ¡Ah! ¡ya podré sindicarlos, denunciarlos como conspiradores en contra de la misma sociedad en que actúan!... ¡Pero, que pueden temer ustedes que agreden por

la espalda con puñal emponzoñado y con guante blanco. ¡Para ustedes no hay más que la violencia!... ¡abofetearlos! ¡pisotearlos!... porque cuento con esta otra fuerza que es la que ustedes más temen: ¡mis músculos!... ¡A usted le digo!... ¡y a usted!... ¡a todos juntos!... ¡¡Cobardes!!... Lo sabía... *(Pausa. Agobiado, sollozante).* Pero... ¿cual es la verdad? Usted Agustín... Felipe... Don Casimiro... usted Don Francisco... ¿cuál es la verdad de todo esto?... *(Mutis lentamente de Agustín, Don Casimiro y Humberto, cínicos y satisfechos).*

D. FRANCISCO.—¿La verdad cual es? Pues... que habiendo surgido el hombre capaz de avergonzarlos, variaron de táctica, nada más. No pueden dominar el instinto. Y es cuando son más temibles, te lo dije, socabando, carcomiendo... ¡Es su juego!

SALUS.—Luego... ¿Todo fué escarnio? ¿Todo fué mentira?... Cariño, amistad... ¡Amor!... ¡Todo!...

D. FRANCISCO.— Todo... ¡todo!...

SALUS.—¡No!... ¡todo no!... Hay todavía una verdad... ¡mi Josefina!...

D. FRANCISCO.—¡Todo!...

SALUS.—¡No!... ¡Eso no!... *(Pausa, en la que dejará traslucir la indecisión. Después, resolviéndose súbitamente, por derecha primera grita):* ¡Josefina!... ¡Josefina!... *(Muy agitado con Josefina de la mano).* Decí a esta canalla, con la frente bien alta, ¡así!... que tú no has sido actora en esta farsa. Que eres buena y que jamás has disfrazado tus sentimientos y que por lo tanto estás excluída de la trama urdida por la espontaneidad de sus instintos perversos. Que tu participación se ha reducido tan sólo a fruslerías de mujer un tanto aturdida y caprichosa que se ha entretenido en burlarse de los hombres, en coquetear desordenadamente... ¡Deciles!... ¡no bajés la cabeza!... ¡¡Hablá!!...

JOSEFINA.—*(En un sollozo).* ¡Perdón!...

SALUS.—*(Retrocede espantado y con voz ahogada).* ¿Perdón?... Luego... ¿tú también? ¡Miserable!... *(De un empellón la dá contra el suelo).* ¡A las serpientes, se les aplasta la cabeza!... *(Al levantar el pie para unir la acción a la palabra).*

ALBA.—*(Por primera derecha, abrazándose a las piernas de Salus).* ¡¡Papito!!... ¡¡Papito!!... *(Salus da un grito de dolor, que se le ahoga en la garganta y faltándole el aire, se lleva las manos al cuello abriéndose la camisa y tambaleante va hacia el balcón).*

ALBA.—*(Le sigue y llorando balbucea suplicante).* ¡¡Papito!! ¡papito!!... *(Josefina, semi-arrastrándose va hacia el balcón, y aproximándose a Salus, lo va envolviendo con su cuerpo (imitando los movimientos de la serpiente) y asiéndolo por el cuello, lo va atrayendo hasta juntar sus labios con los de él. Felipe, presa de una crisis, contraído el semblante, ríe. Don Francisco, ríe sarcásticamente).*

TELON LENTO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA I

Elías y El Chueco, después Humberto

(Elías acomoda ropa en una valija).

EL CHUECO.—*(Leyendo).* Debiendo efectuarse mañana domingo el partido internacional de football en el que se disputará la copa instituída por el Ministerio de Instrucción Pública, parten esta noche para la vecina orilla los distinguidos sportman... *(Aparte).* ¡Que hacé distinguido! *(Continuando la lectura)* ...que componen el team que defenderá nuestros colores. No haremos el análisis de sus componentes por ser de todos conocida la actuación de su mayoría, pero queremos dejar constancia de nuestra objeción por dos elementos que recién se incorporan al número tan reducido como selecto de nuestros internacionales y que a nuestro juicio desormonizan el conjunto. Nos referimos a Elías Maleante y Diógenes Amamal, que ocuparán los puestos de wing derecho y de back, respectivamente. Son indiscutiblemente dos elementos de valía por su eficacia, pero el gobierno del football debió meditar tal elección, por tratarse precisamente de los dos jugadores que más se han distinguido durante el año, por su juego brusco.'' *(Estrujando el diario. Aparte).* ¡Mañana mato a uno!...

ELIAS.—No le hagués caso, no le hagueas... ¿No sabés quien escribe eso? Es el dotor aquel de la campaña contra los clubs de malevos. Malevos... ¡a mucha honra!... ¡Qué hacen que no echan mano ahora de los niños bien!

EL CHUECO.—De los que las van de finos. ¡como si el fubol fuera lo mismo que jugar a las esquinitas!

ELIAS.—Fubol según tengo manghiao quiere decir patadas y siendo de tener de dar patadas... no han de ser por carta.

EL CHUECO.—No, si vamos a acabar por jugar así, verás... *(Accionando).* Con permiso caballero, le voy a sacar la pelota de entre las patas... Sálgase de adelante que voy a patear al goal y le puedo desfigurar la cara sin querer...

ELIAS.—*(Imitando el tono de voz).* No me arrempuje que puede hacerme mal y además lo van a castigar por fau...

HUMBERTO.—*(Por primera derecha).* Distinguidos deportistas...

EL CHUECO.—Vea don... podía dejar eso de distinguido. Me llama rompe canillas si quiere, a mí no me ofende porque, qué quiere, yo con tal de hacer goal, aunque tuviera que romperle las dos a cualquiera.

ELIAS.—Y ché. ¿venís?... *(A Humberto).*

HUMBERTO.—Estoy esperando a mi mujer que fué a buscar cotorro donde ubicarnos, porque de aquí tenemos que volar rápido y si me trae la menega correspondiente...

ELIAS.—Caracafú... cafú... un piróscafo de la M... y a Montevideo.

EL CHUECO.—Ubicación es lo que sobra... pá mujeres. Hasta pá ofrecerle tengo... así fuera la más desijente.

HUMBERTO.—*(Le amaga una trompada).*

ELIAS.—Yo puedo dar fé. La gallega atorranta está instalada... que ni

un... y a este se lo debe.

HUMBERTO.—*(A El Chueco)*. Es verdad que usted se alzó con la Angustias.

EL CHUECO.—Me quería tanto... y como Don Salustio dió pasaporte a todo el mundo... la instalé convenientemente, para que no quedara abandonada, ¿sabe? Ella tan contenta, yo también... y... María la vasca idem, que le hacía falta una gallega pá completar el cuadro internacional.

ESCENA II

Dichos y Felipe, después Angela

FELIPE.—*(Por el foro derecha, dando la impresión de una fatiga extrema, abatido, andando con dificultad, se sienta en una silla junto a la mesa izquierda)*.

HUMBERTO.—*(A Felipe)*. Ché, estuve por el diario, y no te encontré... por aquello.

FELIPE.—Ah, si... pero hay una dificultad; el administrador me acaba de comunicar que el diario no está para gastos.

HUMBERTO.—Si no es más que ese inconveniente... Me los costearé yo.

FELIPE.—Andá entonces...

HUMBERTO.—¡Superior! Yo te mando las noticias con todos los detalles posibles; el viaje con el team y los delegados, la llegada, el partido de mañana y demás... y vos me redactás la crónica, ¿querés? Y si podés meter mi firmita al pie como enviado especial... ¿eh?...

FELIPE.—*(Asintiendo con la cabeza. Humberto se restrega las manos con satisfacción)*. ¿Qué dicen por ahí de mi crítica de ayer sobre la obra de Santos?...

HUMBERTO.—¡Qué manera de reventarlo, ché... Pero la obra dice todo el mundo que es buena!...

FELIPE.—¿Y a mí qué?... Trató de hundirme, deshaciendo mi pobre comedia con su crítica canallesca. Yo también sé hacer confabulaciones en los vestíbulos. Ojo por ojo...

HUMBERTO.—¡Ah! ¿Por eso fué tan unánime la paliza?

ANGELA.—*(Por el foro bien ataviada cruza la escena hasta desaparecer por primera derecha. Risueña, alegre, dice al pasar)*. ¡Salud, pueblo!...

HUMBERTO.—¡Ché! ¡Ché! ¡Ché!... *(Vase detrás de ella)*.

ELIAS.—*(Cerrando la valija)*. Bueno ché, se vamos... esto ya está listo. *(Poniéndose una galera)*. Ché, ¡manghiá!... ¿Qué tal estoy de pamela?

EL CHUECO.—*(Poniéndose de pie)*. Pucha... tenerme que poner otra vez ese maldito cuello... ¡Voy a llegar degollao!...

ELIAS.—*(Poniéndose un jaquet)*. ¡Vea lo que son las cosas.... con jacumín... parezco otro, parezco. Siento que me van a tomar por un niño bien...

EL CHUECO.—Ante todo sportman ché. Vés... y ese es mi orgullo, malevos... pero nos tienen que empilchar de arriba a bajo pa que juguemos.

ELIAS.—Y el empleíto que me han dao pa no hacer nada:... casa y comida... porque a la vuelta no me ven más por acá, antes que me espiantaran los espianté yo.

EL CHUECO.—Pa fin de mes tendré también yo mi empleíto, y de no?... a buscarse un back a Inglaterra. Está bueno ser sportman, pero otario, no. Por ahí ya dicen que semos profesionales, y así lo dirán con razón.

ELIAS.—Haceme la corbata, ¿querés?

HUMBERTO.—¿Y cómo me las arreglo? ¡Ay, Dió... como corta el planchao este!... *(Por el cuello)*.

ELIAS.—*(Sigilosamente)*. Ché, Chueco, ahí lo tenés, ese arruinao es el subdirector de "El Noticiero".

EL CHUECO.—¿No digueas? Presentámelo, presentámelo.

YC107485

ELIAS.—¡Parate! *(A Felipe)*. Don Felipe. Aquí voy a tener el mayor gusto en presentarle al amigo Amamal. Este es el gran back que empezó conmigo a jugar fubol en un club de pibes, ex diarero como yo, hoy internacional. Debuta conmigo en el partido de mañana.

FELIPE.—¡Ah! ¿usted es El Chueco?

EL CHUECO.—Así me apodan, pa servirlo.

FELIPE.—Ah... entonces, usted, ilustre sportman y accesorios, ¿es el que se llevó de aquí a la Angusias?

EL CHUECO.—¿Usted sabía?

FELIPE.—Por una casualidad. Ayer estuvo aquí un pobre jornalero español recién llegado. Le acompañaban sus tres hijitos, el mayor de los cuales debe tener apenas seis años. Con los ojos llenos de lágrimas y un dolor que bien claro reflejaba su semblante desencajado, me hizo una grave denuncia, mientras sus tres hijitos clamaban por su madre, que se les había dicho la verían en América. El pobre jornalero pedía justicia, suponiendo que había aquí una ley al efecto, contra un bandido que le había secuestrado e internado a su mujer en una casa en donde la explotaban... *(Suspende el relato dando muestras de fatiga y que sufre de agudos dolores)*.

ELIAS.—*(A El Chueco)*. Vamosé... vamosé que te la están dando.

HUMBERTO.—*(Por primera derecha con una valija en la mano y retozón, dice)*: ¡Voy con ustedes muchachos!

ELIAS.—¡Ay Dió, que farra!... Vamose entonce...

HUMBERTO.—Ché... Hagamos como los ingleses... ¡Hip!... ¡hip!...

LOS TRES.—¡¡¡Hurra!!! *(Vanse por la escalera los tres, en donde darán el último de los tres hurra)*.

ESCENA III

Dicho, Salus y Angela

SALUSTIO.—*(Cruza la escena de segunda izquierda a derecha primera. Triste, ensimismado, pasea la mirada un tanto extraviada entre Felipe y la escalera, y al medio mutis por segunda derecha)*.

ANGELA.—*(Por primera derecha)*. Ah, don Salustio: conforme a sus deseos hoy le dejo la pieza. Encontré un departamento amueblado con gran confort. Desde luego como ya supondrá usted, mis apuros de dinero han desaparecido. Ahora pienso vivir con más desahogo, pero vivir intensamente la vida, sin prejuicios ni tonterías de ninguna clase. *(Salus la mira sin replicar y moviendo tristemente la cabeza)*.

FELIPE.—*(A Angela)*. ¿Y su marido?...

ANGELA.—Déjelo al pobre que haga el periodista. Si tiene cabeza llegará algún día a ser algo. Es verdad que ahora no gana nada, pero él es feliz así y yo también, yo no le incomodo y él a mí tampoco. Es la manera más práctica de vivir, obrando cada uno con entera libertad.

FELIPE.—¡Viva la libertad, entonces!...

ANGELA.—Ya lo creo, ¡que viva!... *(Vase por foro cantando)*.

FELIPE.—¡No hubo más que empujarla un poquito, y a la barranca!...

SALUSTIO.—*(Intenta replicarle pero desiste encogiéndose de hombros, y al medio mutis se vuelve, y con una ira reconcentrada, le dice)*. Y usted ¿cuándo me deja la pieza?...

FELIPE.—Cuando pueda... no encuentro...

SALUSTIO.—Sólo espero por usted y el otro...

FELIPE.—Ah... ¿Tan pronto se va?...

SALUSTIO.—Sí, ¡solo!... vuelvo de nuevo al campo, entre los animales. Es decir... ¡solo nó!... Me llevo a esa criatura, su alma me pertenece. Les

llevo un buen bocado, tierno, y de buena pasta. *(Ríe).* Es una alegría triste la que experimento al poder arrancarles uno siquiera, uno... *(Mutis segunda derecha).*

FELIPE.—*(Ríe burlonamente).*

ESCENA IV

Dicho, Casimiro

CASIMIRO.—*(Por el foro, entra hasta primera izquierda. Mira al interior y cautelosamente hace lo mismo por segunda izquierda, y después de una breve pausa, en que se ha quedado contemplando a Felipe, dice a este).* ¿No le ha visto usted a ese?

FELIPE.—¿Quién es ese?... Ah... ¿Agustín?... *(Se encoge de hombros).*

CASIMIRO.—¿Y a ella?

FELIPE.—¿Pero todavía anda en eso, usted?

CASIMIRO.—Tengo entendido que Agustín, se marcha hoy de aquí...

FELIPE.—No sé si hoy, mañana o cuando, pero se irá, y todos tendremos que irnos... Dejan la casa, suspendieron la pensión, ni las piezas arréglan ya, no hay servicio... Yo no estoy para andar buscando acomodo en otra parte, me siento peor cada día. Tendrán que desalojarme... ¿Pero quién?... Salustio no está para esos trámites... a ese se le acabó la cuerda. Habla poco o nada, anda de un lado para el otro como un duende, mira y mira, pero ya le digo no molesta mucho, que es lo principal. *(Pausa)* ¿Y como no vino al entierro de la vieja? ¿Supo que se murió?

CASIMIRO.—Sí, lo supe. *(Se encoje de hombros).*

FELIPE.—No vino nadie... Pobre vieja, tuvo una agonía... Hizo mucho mal en este mundo, pero lo pagó bien caro. De los cinco coches que vinieron, solo uno se ocupó, los demás siguieron el cortejo, vacíos. Para llevar el cajón tuvieron que echar mano de los cocheros. ¡Qué tristeza!... El acompañamiento se redujo, como una ironía, más triste aún, a Salustio, Agustín y su hija Josefina. ¡¡Los tres!! El viejo como una cuba, la Romualda como anda así... ocultándose. El otro por ahí con su football. Se acaba de ir tan contento para Montevideo; va cantando y estará todavía caliente el cuerpo de su madre. *(Pausa)*

CASIMIRO.—Yo he venido para impedir que ese tipo cometa una nueva infamia y se burle impunemente de mí. Me han dicho que hoy se marcha de aquí en compañía de Josefina.

FELIPE.—¿Y de ahí?... Déjalos.

CASIMIRO.—¡Ah, eso nuca!...

FELIPE.—¿Por qué?... Por mal que esté al lado de Agustín, ¡esto es la muerte!

CASIMIRO.—Ah, ¡¿la muerte?... Pues ella se lo buscó. No le faltaron por cierto mejores partidos.

FELIPE.—Usted, por ejemplo...

CASIMIRO. Ya lo creo.

FELIPE.—Pero no sea egoísta, amigo... No ha de ser para usted de todos modos. ¡Déjelos!...

CASIMIRO.—¡No, no y no!... No ha de ser para mí, pues para él tampoco. Antes prefiero...

FELIPE.—¿Qué?...

CASIMIRO.—¡Hacer que él la mate!...

FELIPE.—*(Quéjase de dolores agudos)* ¡Ay!... ¡como sufro!... ¡no me me dejan estos malditos dolores!... *(Procurando incorporarse)* ¡Yo acabaré con ellos!... Si no han bastado seis gramos para calmarlos, pues será uno más, y otro, y otro... y otro... ¡¡ay!!...

ESCENA V.

Dichos, Josefina.

JOSEFINA.—*(Por derecha)* Ya podría ir a molestar con sus lamentos a otra parte.

FELIPE.—¡¡Me muero!!...

JOSEFINA.—¡Qué se ha de morir usted!...

FELIPE.—Quisiera poder no darle ese gusto. ¿Pero qué digo? Cómo usted, alma generosa, va a albergar odios en su pecho... viene a traerme un consuelo, ¡pobrecita!... olvidándose tal vez que mis males son puramente físicos... Ahí lo tiene a ese... *(Por don Casimiro)* Cébese con esa presa. *(Váse segunda izquierda, casi arrastrandose).*

CASIMIRO.—Conque... ¿se marcha usted con Agustín?

JOSEFINA.—*(Le mira severamente sin replicar)*..

CASIMIRO.—*(Suplicante)* Diga usted que no es verdad, que me han engañado Josefina, diga usted...

JOSEFINA.—¿Pero quien es usted, y con que derecho? ...

CASIMIRO.—Con ningún derecho, Josefina, pero recuerde usted sus promesas, que me llenaron de esperanzas.

JOSEFINA.—Yo no recuerdo de tales promesas, pero aunque así fuera, ¿qué le importa a usted si hubiese resuelto irme y con quien me dé la gana?

CASIMIRO.— Luego... ¿es cierto?

JOSEFINA.—*(Impaciente)*. Sí, es cierto, ¿qué hay con eso?

CASIMIRO.—No lo haga usted, Josefina, tengame lástima. Yo no tengo sosiego ni ánimo para nada. Todos me abandonan... no encuentro un consuelo, una amistad, un cariño. Todo lo alejé, fija en mi la sola idea y el propósito de economía. Un mal negocio, me deja en la calle sin recursos y lo que es peor... ¡Solo!... ¡solo!... ¡téngame lástima!... Véngase usted conmigo, Josefina. ¡Si usted quiere la daré libertad amplia... para todo!... *(Se arrodilla sollozante).*

ESCENA VI

Dichos, Agustín

AGUSTIN.—*(Por segunda izquierda)*. ¿Qué es esto?

CASIMIRO.—¡Agustín!... Usted no la quiere como yo, ¡déjela!... que para usted es lo mismo y yo sin ella me muero...

AGUSTIN.—¿Y yo qué puedo hacer?...

CASIMIRO.—¿Y sus promesas?

AGUSTIN.—Las mantengo... pero espérese amigo... *(Aparte a Josefina)*. Tratá de deshacerte de este gallego importuno, no vaya a salir el otro y me vea aquí todavía. Ya no tengo más nada que llevar. Yo te espero allá.

JOSEFINA.—¿Me vas a dejar sola? ¡No quiero, yo me voy contigo! *(Se apresta a marcharse).*

CASIMIRO.—¡De aquí no salen, no!... ¡Adivinaba esto!... *(Gritando)*. ¡Don Salustio!... ¡Don Salustio!...

JOSEFINA.—*(Deteniéndose)*. ¡Asqueroso!...

AGUSTIN.—*(A ella)*. Bueno... ya sabés... *(Váse foro, riendo. Josefina, por primera derecha. Aparece Salustio, por segunda derecha).*

ESCENA VII

Dichos, Salus

CASIMIRO.—Su señora quería marcharse con Agustín, su amante, para hacer de ella una desgraciada y yo lo he impedido.

SALUSTIO.—¿Y por qué lo ha impedido?... ¿Desde cuando se ha constituído usted en celador del honor ajeno?

CASIMIRO.—¿Cómo?... ¿Lo sabía usted?...

SALUSTIO.—Lo ignoraba pero lo tenía previsto; ese y no otro era el camino que fatalmente tomaría.

CASIMIRO.—No comprendo bien. ¿Es que usted piensa permanecer impasible ante el deshonor de esa mujer, que es el suyo a la vez?... ¿Lleva su apellido!

SALUSTIO.—*(Riendo triste e irónicamente)*. Le conozco a usted lo bastante y si así no fuera, deja adivinar claramente sus designios. Cree usted encontrar en mí al estoico de otrora y por ende el instrumento para satisfacer su sed de venganza. Se equivoca, muerto aquel, este otro yo, se siente vencido. ¡¡Vencido no!!! *(Con dolor)* ¡Impotente!...

CASIMIRO.—El haber llegado a esto, usted mismo se lo ha buscado. Yo amaba a esa mujer cuando usted se cruzó en mi camino. El amor que yo sentía por ella venció mis escrúpulos y ofrecíla mi mano y mis ahorros, que entonces tenía, todo era poco para ella y por usted fuí rechazado. Después... queriendo aún evitar a toda costa su casamiento al cual iba usted engañado y yo no, pues conocía todo el pasado de Josefina, le escribí a usted una carta...

SALUSTIO.—¿Anónima?...

CASIMIRO.—Sí, porque...

SALUSTIO.—¡Cobarde y miserable!... ¿Por qué no arrostró personalmente la denuncía estando convencido de que no era una calumnia?... *(Al intentar hablar Casimiro)*. ¡No lo diga!... ¡Lo sé!... Por no perder las esperanzas que aún conservaba sobre ella y que inevitablemente se esfumarían si con su firma mostrábase su delator. ¿Verdad?... ¡¡Cobarde!!...

CASIMIRO.—¡Bah!... también se enteró usted más tarde, ya casados y sin embargo, nada hizo!

SALUSTIO.—Así es... no la dí muerte y lo que es peor aún la mantuve a mi lado y la llené de caricias, mientras todos ustedes me llenaban de oprobio en sus conversaciones. Sé que para ustedes dejé de ser un hombre de honor porqué encuadré mi conducta en la de un hombre de corazón. Eso es natural, no puede caber en la mente de ustedes el perdón, y menos a una mujer, aunque esa mujer proteste en un sagrado juramento de su amor, y que por la sola razón, de amar, me engañara. Para que tanta nobleza con la mujer, ¿verdad? No debí perdonarle y sí, matarla por perjura, ese fué el anhelo de todos ustedes... a excepción suya... que solo llegó a aspirar a que la abandonara. Yo, en cambio, me hacía esta pobre reflexión: ¿de una mujer que sabe amar, que llega a abrigar en su pecho un sentimiento tan puro, por qué no esperarlo todo?

CASIMIRO.—Solo usted pudo concebir tales esperanzas, nadie más pudo creer en el arrepentimiento de esa mujer. ¡Josefina no ha querido a nadie nunca, me entiende usted!... y le engañé entonces, le engaña y le seguirá engañando siempre.

SALUSTIO.—¿Qué es lo que se propone usted?... ¿Qué quiere todavía de mí?... ¡Ha venido usted a incitarme como a un perro para que luche a mordizcos!... ¡No!.. ¡Eso ya no!... ¡Váyase, y que se vea siempre solo!... Es todo el mal que le deseo. ¡Solo!... ¡solo! *(Siéntase a la derecha, con la cabeza entre las manos)*.

ESCENA ULTIMA

Dichos, Don Francisco, Romualda, después Josefina, al final Alba

D. FRANCISCO.—*(Por derecha primera, trayendo a Romualda de la mano. Esta, al ver a Salustio, se desprende de don Francisco, y corre a arrodillarse ante Salus, Mientras Casimiro, al ver a Don Francisco, ha reflejado en sus ojos un relámpago de júbilo, se apodera de él acariciándolo, mientras trata de convencerlo).*

ROMUALDA.—¡Salustio, por Dios no permita que haga eso conmigo!... ¡Tengo miedo! Papá me quiere llevar a casa de una mujer, una vieja curandera y yo no quiero ir. Sálveme Salustio, ¡por favor!... Bueno o malo es de mis entrañas y lo quiero por eso, porque es mío...

SALUSTIO.—¡Cómo!... ¡Tú!...

ROMUALDA.—¡Perdón!... Yo no sabía... Ibamos con Irene y Margarita, de paseo con sus novios... Después me dejaron sola con Agustín, y él no quiso traerme a casa...

SALUSTIO.—¡Luego él...!

ROMUALDA.—¡Sí!... *(Llora amargamente).*

SALUSTIO.—*(Ahoga en su garganta una exclamación de horror).*

ROMUALDA.—¡No me deje llevar!...

SALUSTIO.—¡No!... *(Tómala de la cabeza, y como ocultándola, la acaricia)*

D. FRANCISCO.—*(Riendo).* No agarro... te conozco. Yo tengo el gran remedio para vos. Vení conmigo. Mi remedio tiene esta ventaja: que vas a dar, al mismo fin, pero dulcemente, haciéndote más llevadera la vida y olvidándolo todo. Al cuarto whisky me lo dirás. Vamos... *(Casimiro, muéstrase irresoluto, y por fin se deja llevar y hace mutis lentamente por el foro. Don Francisco, al medio mutis detrás de él, vuélvese y dice:)* ¡Ah!... no me acordaba... ¡Ché!... *(A Romualda).* ¡Vamos!... Que en seguida de iniciarlo a ese joven, iremos allá...

SALUSTIO.—¿Qué piensa hacer con esta inocente?...

D. FRANCISCO.—Nada... Lo que debe hacer un buen padre.

SALUSTIO.—*(Cubriéndola con su cuerpo).* ¡Oh, no!... ¡Pobrecita!

D. FRANCISCO.—Lo sé... Si en su bien lo hago. Mañana se vería maldecida por eso, que hoy lleva en sus entrañas. Y la pobre no lo merece. En cuanto a él, me propuso matarlo como a un perro, pero... he pensado después que mi venganza estará mejor satisfecha con dejarlo vivir. ¡Qué mayor venganza que esa larga agonía de su vida!... *(A Romualda).* ¡Vamos!...

SALUSTIO.—¡Oh, no!... ¡Eso no!...

D. FRANCISCO.—¿Con qué derecho querés impedirlo y con cuáles razones? ¿Por razón de humanidad? ¡A ver!... *(Tomando a Romualda y abriéndole el vestido).* ¡Atrevete a impedirlo ante esto!... *(Mostrando las llagas de avariosis que cubren el cuerpo de Romualda).*

SALUSTIO.—*(Se lleva las manos a la cabeza horrorizado; mientras Don Francisco, tomando a Romualda de la mano desaparece por el foro. Después de una pausa larga; Salus se remanga un brazo y se mira espantado).*

JOSEFINA.—*(Por primera derecha y que al ver a Salustio, pretende retroceder).*

SALUSTIO.—*(Se precipita sobre Josefina, le desabrocha la bata y al ver las manchas sifilíticas que plagan su cuerpo, quiere agredirla, lanzando un grito desesperado y las piernas le flaquean; dejándose caer al suelo, mientras Josefina huye por primer término derecha. Después, reponiéndose un tanto, se arrastra hasta el sofá, apóyase en él, y vuelto la cara al público con las facciones descom-*

puestas y la mirada fija, dice): ¡¡... y te irá carcomiendo lentamente cuerpo y alma!! *(Su mirada y semblante adquieren progresivamente caracteres de locura y por fin lanza un grito como un aullido, para terminar en una carcajada estridente, blanca. Sintiendo pasos después (los de Josefina) por derecha primera, se pone en acecho detrás de un mueble y poniéndose el dedo índice en la boca impone silencio).*

JOSEFINA.—*(Aparece por primera derecha con un atado en la mano y cautelosamente se desliza por segunda derecha).*

SALUSTIO.—*(Al desaparecer ella, dice sigilosamente)*: ¡¡El mal tiene forma!!... ¡¡Sí!!... ¡Le ví!... *(Ríe)*. Que era informe... *(Ríe; pausa).*

JOSEFINA.—*(Reaparece en la misma forma y se dirige al foro).*

SALUSTIO.—*(En este preciso instante dá un alarido y precipitándose sobre ella, la toma por el cuello, ahogándola entre sus manos. Después en un grito de júbilo).* ¡¡Acabé con el mal!! *(Ríe)*. ¡¡Es el mal!!... ¡Acabé con él!... ¡Pronto no quedarán sino restos... ceniza... polvo... nada!... *(Ríe larga y estrepitosamente).* ¡¡ Soy Jesús!!.. ¡¡¡Soy el redentor!!!...

ALBA.—*(Por primera derecha, muy asorado)*. ¡Papito!...

SALUSTIO.—*(Retrocediendo espantado)*. ¡Eh?... *(Escucha)*.

ALBA.—¡¡Papito!!...

SALUSTIO.—¡Quién eres?... ¡Quién eres?!...

ALBA.—¡Alba!...

SALUSTIO.—*(Grito de júbilo intenso)*. ¡Ah!... ¡¡Alba!!... ¡Luz que nace!... ¡Nuevo día!... ¡¡Vida nueva!!... *(Risa prolongada, diríase optimista ya que en su extravío cree ver encarnada en Alba, la anunciación de la vida nueva, quimera en la que, antes cuerdo, soñara).*

TELON

Extracto semanal de Obras literarias

Al margen, de Rafael Barrett	$	1.—
Mirando vivir, de Rafael Barrett	»	1.—
Moralidades actuales, de Rafael Barrett	»	1.—
Cuentos breves, de Rafael Barrett	»	1.—
Ideas y criticas, de Rafael Barrett	»	1.—
Ariel, de J. Enrique Rodó	»	1.—
El alma de las sombras, de Alberto Coutouné	»	0 50
Prosas profanas y otros poemas, de Rubén Dario	»	1.—
La vida de las abejas, de Mauricio Maeterlinck	»	1.—
La muerte, de Mauricio Maeterlinck	»	1.—
Rimas, de Gustavo A. Becquer	»	1.—
Poesias, de Almafuerte	»	1.50
Nuevas poesias y evangélicas, de Almafuerte	»	1.50
Pensamientos para postales	»	0.20
Pensamientos y máximas para postales	»	0.30
Tabaré, de Juan Zorrilla de San Martin	»	1.25
El mito del Plata, de Eduardo Acevedo Díaz	»	1.—
El caudillaje criminal de Sud América, de F. Sánchez	»	0.80
Del picadero al proscenio—Reportajes anécdotas de los intérpretes más genuinos del teatro nacional, con las fotografías de todos los que toman parte, escrito por el conocido periodista Vicente A Salaberry	»	0.80
El movimiento contínuo, de Discépolo y De Rosa	»	1.—
Los mirasoles, de Julio Sánchez Gardel	»	1.—
Acquaforte, de González Castillo y Weisbach	»	0.50
Peluquería y cigarrería, de Alberto Novión	»	0.50
El gaucho Martin Fierro (2 tomos), de José Hernández	»	1.50
El cocinero práctico (con láminas)	»	2.50
Comedia sentimental, de Ricardo León	»	1.—
Virgenes a medias, de Marcel Prevost	»	1.—
Los cuatro ginetes del Apocalipsis, de V. Blasco Ibanez	»	1.20
Cuentos fantásticos, de Edgard Poe	»	1.20
El marqués de Villamar, de Jorge Sand	»	1.—
Hamlet.—Otelo.—Romeo y Julieta, de Shakespeare	»	1.—
Las desencantadas, de Pierre Lotti	»	1.—
Canciones populares del Gran Pepino 88	»	0.50
La magia roja	»	0.50
Fausto, de Estanislao del Campo	»	0.50
Cartas de amor para los enamorados	»	0.40

No se atenderán pedidos que no vengan acompañado de su importe en bono postal, giro bancario o una orden de pago sobre casa comercial de esta plaza.

Los pedidos deben remitirse a nombre de FRANCISCO HOSTENCH, calle TALCAHUANO 482, Buenos Aires.

NOTA. - Todo pedido debe remitirse con 12 centavos de recargo para el franqueo certificado.

"EL TEATRO NACIONAL"

Números publicados. - Segunda época.

1. La Espina, de C. M. Pacheco.
2. La Casa de los Batallan, de A. B. Vacarezza.
3. Misia Pancha la Brava, de A. Novión.
4. S. M. El Amor, de C. de Paolis.
5. La Orquidea y El Malevo Don Juan, de B. Riccio.
6. Luigi, de J. González Castillo.
7. Los Curdas, de Florencio Sánchez.
8. Los Vividores y Registro Civil, de Nemesio Trejo
9. Martin Fierro, de J. González Castillo.
10. Sol de Invierno, de Julio Sánchez Gardel.
11. La Carcoma, de Alberto T. Weisbach.

"EL TEATRO NACIONAL"

PUBLICA UNA OBRA COMPLETA EN CADA NÚMERO

irección y Administración

482 - TALCAHUANO - 482

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

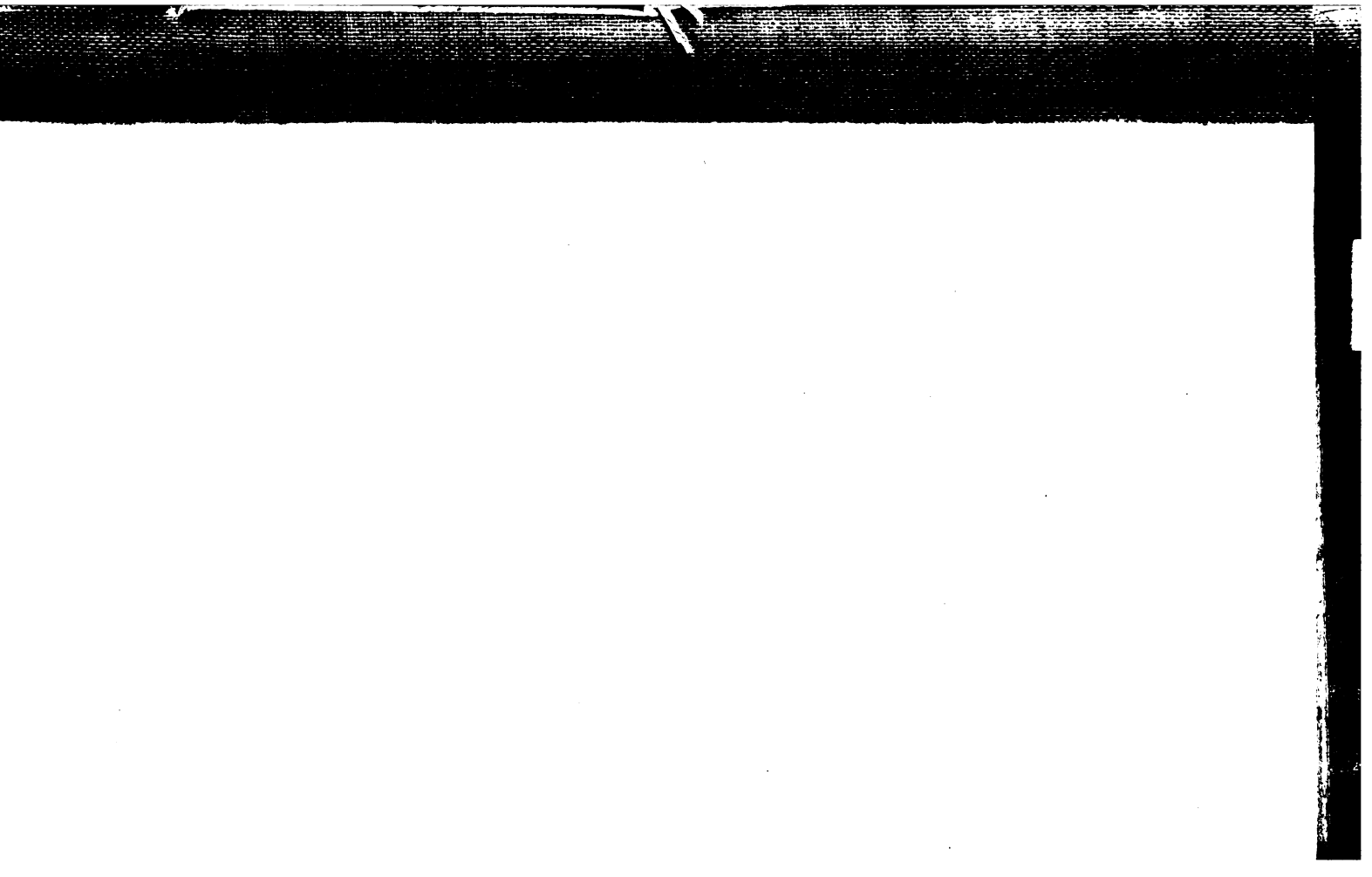
CAPITAL:		INTERIOR:	
Trimestre	**2.40**	**Trimestre**	**3.—**
Número suelto	**.20**	**Número suelto**	**.25**
Semana atrasada.	**.30**	**Semana atrasada**	**.40**
Mes atrasado	**.50**	**Mes atrasado**	**.60**

Suscripciones y correspondencia, dirigirla a nombre de Francisco Hostench, calle Talcahuano 482.

Pídase en todos los kíoscos, librerias, estaciones del subterráneo y vendedores de diarios, de la República

Agente exclusivo para la venta por mayor en la Capital: Victor M. Vieiro.

Gaylamount
YC107485



Gaylamount
Pamphlet
Binder
Gaylord Bros., Inc.
Stockton, Calif.
T. M. Reg. U. S. Pat. Off.

965285

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY